Escribí este libro con la intención de despertarte. Llevarte de su sueño a una habitación real, pero en tinieblas. No habrá rumbos claros, ni luminosos, pues uno debe sentir o tantear los objetos de esta habitación como son: un fenómeno complejo. Tal habitación es México, el cual es un país probablemente incomprensible y totalmente contradictorio.

La violencia de nuestros tiempos en este país es muy grave. Y las decisiones que se han tomado en torno a ella para erradicarla no son efectivas. Los ciudadanos somos espectadores y víctimas de algo incontrolable. Estamos en medio de fuerzas sin claridad sobre sus objetivos, pues el problema los ha sobrepasado o son parte del mismo.





Toda HERMAFRODITA



Pablo Ricardo Silva Guadarrama





TODA HERMAFRODITA

Pablo Ricardo Silva Guadarrama



COLECCIÓN “MONPRATIOR”

#2 “TODA HERMAFRODITA”

AUTORXS: Pablo Ricardo Silva Guadarrama

EDITOR: Mr. Laplace

ILUSTRACIONES Y PORTADA:

1ERA Edición:

Se produjeron _____ ejemplares en JULIO del 2023 en Mexicomiamor, CDMX.



INSTAGRAM:

@laplace.taller.y.editorial

Índice

A Fernando Huesca Ramón

Prólogo

Escribí este libro con la intención de despertarte. Llevarte de su sueño a una habitación real, pero en tinieblas. No habrá rumbos claros, ni luminosos, pues uno debe sentir o tantear los objetos de esta habitación como son: un fenómeno complejo. Tal habitación es México, el cual es un país probablemente incomprensible y totalmente contradictorio.

La violencia de nuestros tiempos en este país es muy grave. Y las decisiones que se han tomado en torno a ella para erradicarla no son efectivas. Los ciudadanos somos espectadores y víctimas de algo incontrolable. Estamos en medio de fuerzas sin claridad sobre sus objetivos, pues el problema los ha sobrepasado o son parte del mismo.

La única luz que necesitamos es una ciudadanía exigente y participativa, pues son nuestros impuestos y trabajos los que impulsan el motor de esta patria. No somos proscritos por cuestionar al Estado, todo lo contrario. Tampoco somos sus enemigos al desear bienestar, justica y derechos.

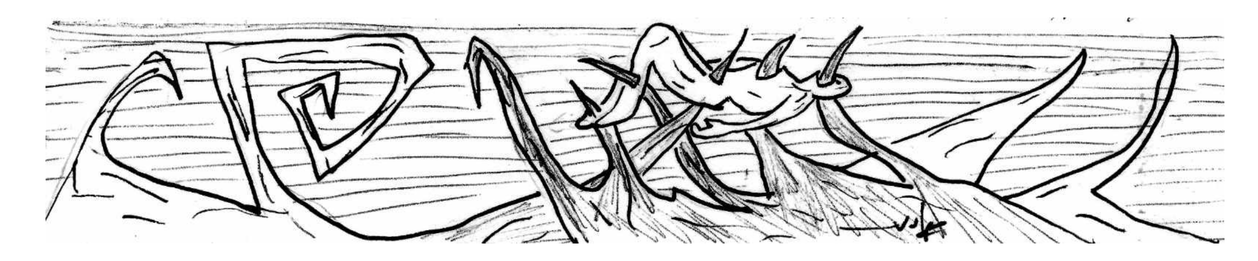
Espero reflexiones y dialogues con esta obra, pues la literatura siempre ha invitado a mostrar una realidad para que el lector pueda ejercer su derecho humano a pensar libremente. Te mando un abrazo, un beso. Come frutas y verduras.

Sobre la forma de escribir este libro, debo decir que es algo parecido a un ejercicio intelectual llamado «jarcha» —el más emblemático y antiguo en nuestra joven lengua española—, en la cual artistas árabes, judíos y cristianos se transexualizaban en mujeres hermosas y frágiles que sufren la ausencia del amado en bellos y breves poemas. Este tipo de literatura tenía el objetivo de demostrar gratitud al favor realizado por el benefactor, que interpretaba el rol del amado en estos textos.

Esta novelita. No sé si será digna de ti, pero tiene el mismo espíritu que la jarcha, pues yo, el autor, me transformo y sufro por ti, como hicieron mis antepasados poetas.

Espero este texto te entretenga. No tiene otro uso más que ese. Es un tornado que agarra de la tierra lo que encuentra para revolverlo sin pretensiones específicas. Los objetos están ahí, pues yo no invento nada —excepto por el hermafroditismo verdadero, eso sí me lo inventé—, y mi mente juega a ser un fenómeno meteorológico.

Coatlicue



¿Simple? Ya me despertó la pendeja. *El simple canto de un ruiseñor*. Sí, ronco, pero soy un cisne, soy un cisne en retroceso. No te engañes, ni quieras engañarme, se le dice: «qué bonita voz», «qué bonitos sentimientos» a la gente con la intención de demostrar la existencia de un valor más allá de su fealdad inherente, como yo. *Buenos días, mi amor*. Ya cállate, ya me desperté. Cuánta luz nace. Ahí sigue el horrible árbol. Maldita alba, presumida aurora, diseñas contrahecho ese portentoso y único sicómoro para trazarle faces arcaicas y solemnes, como de tres sabios griegos necesitados de un eterno beso francés. *Vamos al baño*. Nada importa, sólo la graciosa mueca de tu rostro que me permite responderte una perfecta sonrisa al quitar de tus manos esta cantidad impresionante de hojas. Este será mi alivio. Ven, te doy permiso de limpiar mis porquerías.

Leo tu promesa: «El eterno rocío vegetante del monte beodo en esféricos y simples reflejos yacía en los ojos encarcelados de una mofeta. En ese paisaje, había ecos del hedor a un ano escocido tras el caer de una falda preñada de rosales pertenecientes a una niña triste por la introducción del

objeto arquetípico y oculto detrás de la mitad de cada zipper en el mundo. Esta situación fue la culpable del inicio de su obsesión por encontrar en cada hombre maduro a la serpiente reptante. Amaba tanto a esos reptiles como para no poder evitar guardarlos en carísimos frascos llenos de formol dentro de una fina estantería de cristal».

A ver, prima. Vas excelente, pero no me des las intenciones de tu asesina tan deprisa; eso inhibe la posibilidad de la catarsis: Edipo se sacó los ojos al final de la historia, no al principio. No importa si me gusta o no, servirá para distraerme mientras defeco. Odias ver el pañal con mis regalos. Hoy pudiste sentarme aquí para ensuciar el baño y no molestarte tanto. Yo me haría super idiota si tuviera que cuidar a uno de esos imbéciles todos excretados. Todos los días limpiarle el culo a otro ser humano. Eres una santa. Qué otra explicación puede tener tal acto de abnegación. Todos los días de abajo a arriba, ¿o para ti es de arriba a abajo? Con tus manos suaves y tibias...

«Durante los largos días de junio, sacaba estas vergas para jugar con sus mascotas, la cuales debían encontrarlas dentro de complejos laberintos hechos de cartón, donde el premio era roer el glande, el prepucio y el escroto. Asterión era su mascota favorita, pues era negro con orejas blancas; lo cuidaba; no contenía el fatal sino de sus semejantes; era llevado a casa,

guardado en una caja de plástico transparente, y se le confería el privilegio de usar ropa confeccionada por una amiga monja —esta amiga compartió la misma habitación y los mismos catres, cuando eran estudiantes y se tomaban de las manos para ir juntas a los baños de los bares hartos de insistentes jóvenes. Ellos prometían futuros ocultos en la inocencia de sus rostros aún infantiles, mientras ahorcaban un "sí" y nalgueaban un "te amo" en el transcurso de las tardes furiosas y cegadas por cuervos. Mas, en la mayoría de las veces, les negaban; ellas se negarían, sin saberlo, a todos esos jóvenes. En ocasiones, las amigas dormían abrazadas e imaginaban un retiro cerca de un río emocionado por el regalo primaveral de ramos de iris. Con el tiempo, aprendieron a amarse: amar a una mujer y a una amiga —a esto le llamarían ternura—. Tal proceso sería lento, porque ellas deseaban naturalmente a los hombres de los pasillos de la universidad: al compañero con rostro femenino, al de musculatura, o al gracioso, al tierno, al agresivo, pues había una correspondencia entre hombres y mujeres en esos años: ambas partes de este simiesco sistema necesitaban coger; sus cuerpos pedían esa satisfacción sin un entrenamiento o manual adecuado; las equivocaciones eran simples; muchas veces los hombres caballerosos se volvían agresivos; los divertidos, aburridos; los guapos, feos; y los inteligentes, estúpidos. No era su culpa, querida; no era culpa de nadie...».

¡Qué guion tan largo!, ¿cuándo acaba? *Temo por tu risa; quizá no se presente tanto como yo deseo al leer estas páginas.* Tranquila, nunca he necesitado de agentes externos para reírme. Yo estoy loca y puedo hacerlo sola. Eso no es problema para mí, lo divertido vendrá de mi parte. No me quites las hojas, todo está bien. *Qué pena tengo, pero esto te lo prometí, no seas tan mala conmigo en tu veredicto. Era muy joven cuando lo escribí.* Yo te agradezco distraerme de este doloroso cuerpo. Me preocupa que la ficción tenga algo de realidad, prima. No quisiera saber que andas por ahí cortándole los penes a los muchachos y señores con los que te acuestas. Eso explicaría por qué tus relaciones no duran mucho.

«…No podían culpar al escorpión por envenenarlas…».

No creo que seas una maldita asesina, pero tienes todo para atraer a tus víctimas: esas piernas largas, y ese rubio… Mi pura terca envidia. Tus pedos deben oler a miel y lavanda. Sería maravilloso: «Ana, la destripadora», «Ana, la caníbal», ese me gusta más. ¿De dónde sacaste la idea de los ratones? Una vez te vi morir al ver uno. Lástima, ahí se viene abajo todas mis especulaciones.

Oye, tienes un atrapasueños, está hermoso, el morado es mi color favorito ¡Quédatelo! *Bueno, lo dejo aquí, pero deberías colgarlo. Voy con mi tía a pedirle su martillo para*

Manuel. No es tu culpa, prima. Se lo hice a Juan, pues se lo merecía. Pobrecito, era tan guapo y me traía en la preocupación constante de quererme tocar. Nos besábamos afuera de la prepa en la soledad de nuestro amor con los residuos de píldoras de emergencia, que mis compañeras aventaban en las horas libres después de tomárselas, como únicos espectadores. Esas tardes me ponían caliente y pasa lo que pasa. Me bajaba a mamársela para que no descubriera mi secreto. Le mentía sobre querer ser virgen hasta el matrimonio. El idiota me respondía que podíamos tener sexo anal hasta que nos casáramos —tiene mérito, el cabrón—. Todos prometen amor eterno a los diecisiete. En las noches, me hacía dudar; quería tenerlo adentro, pero la mayoría de las veces quería estar dentro de él, verle sus nalgas y venirme. *Tía, ¿dónde está el martillo?* Y, es más nuestra culpa, por ser tan atractivas, supongo. Nuestro único refugio es la actitud de inalcanzables. Y no hay de otra, porque si les damos entrada, se obsesionan, se ponen tercos…, y hasta nos enamoramos de ellos.

¿Dices que no es su culpa? Entonces, ¿de quién si lo es? Tía. Si yo no tuviera miedo, sería igual a ellos. *Sofi, Sofi, avísame, ven te ayudo. Pareces una jirafa recién nacida*. No lo hago a propósito. Perdón, prima hermosa. Estaré más atenta la próxima vez. Creí que ya no llorarías, por eso no triunfarás

como escritora; la gente quiere reír, entretenerse o ser asustada; deja la reflexión y la denuncia para otros con más cerebro. Ellos se desgastan ayudando, te lo juro. Sigue pintando, en eso tienes futuro. Ya lo sabes. *Qué lindas pompis tienes*. Eso, así me gusta, Anita. Sonríe, maldita. *Pinche Andrés, si lo veo lo mato*. Mejor, déjame leer tu historia, la señalada con mi dedo —quizá con eso baste—. *Sofia, apenas y te sostengo. Siempre quieres todo*. Sí. *A ver, espera. En otro momento pensaría que odias mi texto, maldita*. Jamás, prima *¿Dónde ibas? Escorpión*.

«Anhelado veneno que tragaron sin pensar—». No era ahí. «Hay un aspecto de este u otro individuo…». No era ahí. «…o algo dentro de nosotras que provoca permitir un control o encausamiento sobre nuestro desenfreno, lo cual deriva en la búsqueda, encuentro y obtención del placer. En todas las veces, cosificamos a estos seres para racionalizar y justificar tal deseo. Entonces, ¿algo odiado o temido puede ser amado? No se pude generalizar; no deseamos a todas las mujeres o a todos los hombres del mundo; deseamos un hombre o una mujer, a algunos hombres o a algunas mujeres, y deseamos un aspecto o algunos aspectos de esa persona —aquello cosificado—. Ella no deseaba el mismo pene que la violó. Deseaba y temía a algunos penes. A los primeros, les permitía nacer diversos sentimientos

y vínculos afectivos; a los otros, los seducía en la oscuridad y alejaba de la manada para atacar a su yugular fálica con un cuchillo. Buscaba destruir sus miedos; convertir al monstruo erecto en un realista objeto flácido. Para esto, se transformaba con una serie de…».

¿Lista? Muchísimas gracias. *Yo te cargo, yo te cargo*. Qué rico hueles, como a la tuna recién cortada del nopal ¿Será que todas las mujeres tenemos ese complejo…? Mensa, ya estoy generalizando, perdón. Es verdad, ni siquiera soy una mujer y me incluyo en esa palabra para describirme. *Nos iremos en una hora, hermosa. Sin rencor, sin odio, con venganza*. Cuando hablas así me embarga una nostalgia terrible. Tú voz es cada vez más mi voz.

De negro ambas, ¿no? Iguales, *Tienes bastante ropa negra. Ya jamás la usaremos*. Siempre queremos pertenecer, somos humanos y es inconsciente, como el famoso lenguaje inclusivo que se usa mal; los idiotas creen que ellos deben incluirse en cada situación, de esta manera; ya no hablamos de tal o cual persona, y terminamos hablando de nosotros. El lenguaje inclusivo es para usarse en esas personas que no se consideran con algún género definido —macho o hembra, perrito o perrita—. No se trata de desaparecer los géneros, se trata de aparecer o hacer visible otro tipo de género, el llamado

género «no binario». Tengo pene y vulva; pero me considero mujer, aunque no lo sea. No quiero que se use un lenguaje inclusivo conmigo, quiero que me digan: «dama», «puta», «santa», y no «dame», «pute», «sante».

Bueno, creo que ya tengo todo preparado. Claro, tenemos nuestro itinerario: las putas, el show, y todo termina con Manuel en la calle de Rosales, número 11, colonia Ejercito del trabajo III, Ecatepec de Morelos, Estado de México, México, Código postal... *Tía, ¿te vas a bañar? No sé qué dijo*. *Mira te leeré este; dijimos que te leería este último día*. No te tardes, léeme, mi Lanzarote. Tantos años trabajando en esos libros para niños imbéciles me hicieron amar las letras, las buenas y las malas, altas y bajas. *Mejor voy a ver lo de la comida; ya es tardísimo*. Deja lo tarde..., ya estoy sola para pensar en él: Manuel, Manuel, Manuel. Si tan sólo Manuel hubiera entendido, si tan solo entendiera; no le haríamos nada hoy. Sería como en el catecismo, cuando me llevaba atrás de la iglesia y veíamos a ese grupo de adolescentes copular —sensibles animales—. Me tomaba de la mano, no decía palabra y no apartaba la vista. *Ay, mi tía tenía todo listo*. *Me voy a bañar*. *Bueno, no me tardo*. A mí, el espectáculo no me impresionaba tanto como su nariz suave y sus ojos verdes. Siempre tan enamorada, ay, estúpida de mí, pero era tan

hermoso. Le complacía en todo: él me retaba a bajarle los calzones a las niñas, yo lo hacía; o me pedía meterme esas donas glaseadas en la boca con la intención de ponerme morado, yo lo hacía; a arrojarle la piedra al cura, yo lo hacía. Mi reto era peor, lo desnudaba, me lamía el zapato y lo flagelaba. Siempre fue el mismo reto, el cual me permitió aprender cómo el amor a esa edad infantil es tan inocente como para no querer mostrar nuestros verdaderos sentimientos, pues el amor verdadero es abnegado y no pretende tener cautivo al otro, sólo desea lo mejor para este ser extraño y ajeno. Dos años de constante dolor parecían proporcionarle un descubrimiento personal basado en responderse: ¿quién soy?, ¿qué quiero?,¿a dónde voy?, ¿cuál es mi objetivo en la vida? Y lo descubrió, porque, muchos años después, no dudó en abrazarme por la cintura, ir aferrado a mi mano y besarme.

Se me olvidaba tu medicamento. Oye, creí que no estaría caliente, pero sí lo está. Ya se puede vivir aquí; hay luz, agua… Tranquila. No me estoy echando para atrás. Disfrutaremos esto mientras podamos, ¿no? Ayer las tres parecíamos unas brujas: un aquelarre bailando alrededor de la fogata. Tu mamá se divirtió mucho. Estos árboles dan una sensación de bestialidad. Podría desnudarme y andar en el monte. No prometeré hacerlo, pero si hay un cielo; que sea así, por favor.

Toma tus pastillas. Te juro no tardarme. Yo pagaría por verlo, como un libro de caballerías, tú serías la noble virgen desnuda encontrada por el caballero en medio de un mágico bosque, que espera desde hace años a ese hombre y sólo a ese hombre para yacer con él. Pero sé que te gustaría desnudarte frente a muchos hombres, que no eres virgen, y que te da frío a los quince minutos de estar sin ropa.

La hipocresía es humana, pues lo interno no siempre se refleja en las acciones reales y cotidianas; nos valdría mejor ser imbéciles y retrasados para no pensar tanto; ser la acción, pura acción verdadera entre babeantes balbuceos ¡Magnífico! Eso necesita la humanidad; he aquí la utopía llena de sagrados inocentes, santos y beatas. Debemos crear a estos seres al nacer; tomar a los bebes y, con una operación indolora, convertir su destino en una niñez eterna ¿Qué país, gobierno, dirigente e interés de algún particular no quisiera esto posible? Si tuviera más tiempo, podría recibir el premio Nobel de la paz. Todo sería como aquella montaña: brote furioso de vida; el establecido azar impuesto por el viento, la piedra y el agua, el cual designa diacrónicamente los partos y las muertes, que sintonizan los gritos y silencios de la sempiterna e invisible guerra por sobrevivir: un botón floral se pudre bajo la rama heroica del ocote y el martilleo de un ave es interrumpido por

el famélico halcón, entretanto mis ojos sólo podrán entender la quietud y la paz de un paisaje umbrío y verde. Creo que el mundo ya es así. A la basura mis sueños del premio Nobel.

Ya están haciendo efecto.

¡Malditas pastillas, ejecutivas en mis dolores! Me hacen... alucinar. Mas sólo eso me calma. Me gira la cabeza y recuerdo el mundo en un grano de arroz: Sofia, recuerdas la luz de Venus bajo el mar golpeado por un barco pesquero encallado, la boca triste de un joven drogadicto que buscaba un dios en medio del basurero, a los presidiarios comerciando somnolencias el día de las visitas, a la orquesta sinfónica de Londres mal acompañando a la «Tocattina» de Nikolái Kapustin en el estómago de un niño que funge como inmigrante ilegal en medio del frio desierto.

Tus manos se extienden hasta ellos para acompañarlos, pues son tus hermanos, es decir, son tú, son un espejo real; tú entras en la misma denominación: eres otra víctima de algo más grande que tus decisiones o tu poder. Estás envuelta de significados ineludibles, te has politizado, para formar parte de una estadística; hay alguien deseoso de no trasmutar tu condición —el simbolismo, la lucha, la entereza—, pues si lo haces, nada tendría sentido; seríamos el mundo feliz y los poetas no tendrían temas para hablar en la comodidad de

camas calientes. Tú no quieres eso ¿Cómo privar a esas bocas de su sustento? «Uno como sea, pero las creaturas…». Y todo para aminorar la cualidad de la que formas parte: mujer transexual —tristes madejas son las palabras que ellos usarían— golpeada y rociada con ácido por su amante frustrado ¡Qué fácil, Sofia! Un encabezado más, una nota para el noticiario, una ardiente discusión en foros sobre la mujer, una ley muerta en el Congreso, una furibunda marcha en el Zócalo, la consternación de un país con demencia senil.

Ya no puedes echarte para atrás, Sofía. Llegaste a este punto de tu vida para callarlo, para no hacer público este dolor, para ser la execración de la crisálida —la necesidad de dar un grito que siempre será enmudecido por ser irrealizable físicamente: una voluntad sofocada por el otro. Qué frustrante. Ya comunicar no es el objetivo. Es solo externar una maldición y una queja. No querer convencer, no buscar al otro, pues se siente y es insoportable callarlo—, para tomarte la pastilla del anonimato, para vengarte del ser amado al terminar el día. Este ser tan bello e inhumano.

Estos mareos del intelecto van y vienen. Quisiera hablar o decir algo por esta boca desfigurada. Es gracioso cómo los bebés gritan de una manera tan elemental; podría pensarse que jamás tendríamos problemas para hacerlo de adultos. Tener algo y

saberlo irrecuperable. Así será con Manuel; lo perderé en medio de un sufrimiento atroz ¡Qué necesidad! Tan hermosos que éramos juntos: no nos hablábamos desde hace mucho tiempo —pero como cortejo me mandó un mensaje edípico—, nos llenamos de alegría al vernos, nos mostramos suaves, sonrientes, estábamos listos para satisfacernos del mundo, cogimos sin pena en cada arista del universo, recelamos las ausencias, convertimos la pandemia en una excusa para estar solos en el mundo ¡Cierto, la pandemia! Fue gracias a ella; no le daba pena estar conmigo, nadie estaba en la calle, solo nosotros. Aquellos dedos índices no se aparecían, había otras preocupaciones. Y la muerte, ella podía borrar cualquier ardor, molestia y malos tratos de esos ojos extranjeros e ignorantes del amor homosexual, heterosexual y hermafrodita representativo en cada paso nuestro. Dios cierra una puerta y abre una ventana como aquella donde puedo…

Todo me da vueltas de nuevo. Estás a punto de esperarlo afuera de su cuartel, seguirlo hasta su casa para traerlo aquí, a esta tierra verde para teñirlo de más verde: oliva, esmeralda, turquesa, manzana, agua, menta, cartuja, enebro, salvia, lima, helecho, oliva, pera, musgo, trébol, espuma de mar, pino, periquito, menta, alga, escabeche, pistacho, albahaca, cocodrilo. Él tendrá los tonos verdes del musgoso soto frente a

mí. Pagaré dolor con dolor; piel por piel. Ya han hecho el hoyo tan hondo como esta cabaña, como mis manos extendiéndose y curveándose hasta aquel sonoro río, donde está la callada Sofía rejuveneciendo —por el pensamiento de un ser extraño, quizá un Dios, un escritor del destino— en tres piedras aguanosas. Ahí bañas tu cuerpo y los peces rodean tus zafios chapoteos, y logras verte por aquellos quietos cristales sobrevivientes y creados por ti en la tierra herrumbrosa: estás totalmente envejecida, triste e inmóvil bajo el árbol en una silla de ruedas de dudosa calidad, o ¿serás el árbol? Del sicomoro nace una protectora rama de una niña vestida de uniforme varonil. La evidencia es suficiente para producir una anagnórisis: las tres tienen una cicatriz a su siniestra. El chirlo originado cuando ustedes resbalaron, y habrían caído por un barranco, si no fuera por la alambrada, donde la espinada se refugió en la carne de sus brazos. Su tortura duró varias horas y sus aullidos llegaron a los oídos correctos. Recordaron a los turistas ojos que a la divinidad se llega con el martirio corporal. Ellos deseaban rezar bajo sus pies, proponer sacrificios, imitar tu dolor con otro tipo de constricciones.

Detente, cabeza, no permitas al ensueño componer esa música sacrílega, no me hagas revivir cómo me llevaba por los trabajos y los días, cómo me presentaba a los soldados —y ellos

me hacían reverencias regicidas—, cómo deseaba presumir mi desnudez frente ellos, también nuestra desnudez y, al final, la de todos. Cómo me propuso matrimonio en una sana gritería, cómo llegó a golpearme con sus suaves manos y grabar mi último cuerpo, cómo se disculpaba entre dientes: «me obligaron», cómo ignoró su amor por una prueba de lealtad al sexto poder —así son los narcos, supongo.— Y yo soy Sofía, supongo ¿soy lo que queda de ella?, ¿soy la niña en uniforme, casquete corto y zapatos feos?, ¿soy la mujer hermosa, divina y coqueta en minifalda?, ¿soy la muerta en vida?

Sofi, qué pasa. No llores. Esas lágrimas son valiosísimas. Lo que darían los niños en África por esa agua tuya, y tú la desperdicias como si nada. Toma más pastillas. Eres una verdadera pendeja, te amo. Te tardas siglos en la regadera y te permites ofenderme, hipócrita griega sobre el proscenio representante de Medea con reclamos bien argumentados, ¿has pensado en tus acciones? Acércate a mi pecho, ya estoy más tranquila, gracias. Nunca cambies, belleza, sólo mejora. *Quisiera oírte, prima. Esos ojos me dicen tantas cosas. No necesito interpretarlas, son claras, enuncias muy bien, pero quiero oírte. Soy el capricho andante, ya lo sabes. Hablaré por las dos: ¡A la mierda! Qué se vayan al carajo, esos putos, putos hasta las nalgas, come cuando hay… No tengas miedo. Hoy*

cambiaremos la forma de hacer las cosas; será fuego con fuego. Mi tía ya subió las cosas al carro. Te voy a cargar, porque tu silla no se mueve en el pasto. Lo bueno que estoy bien mamada. Y de mis espárragos no te vas a estar riendo. No, suficiente, esto no está funcionando, me están haciendo ver como una pendeja, la neta ¿Ya estás más tranquila? Te amo, prima. Quizá debí cuidarte más. Estar más cercana. Es que muchas... Sí pesas. Ahí. Lista. Voy a ayudar ¿Por qué hablas tan lento, prima? No me dejes sola porque el respaldo me tira por la espalda y el abismo son los asientos a mi alrededor, la luz se oculta en un solo punto indetectable para mi iris. Yo tengo mi pensamiento como una isla donde naufrago, y esas pastillas no hacen más que inundarla con un temido tifón. No destruyas esta casa, por favor. No me desuelles, como lo hace mi madre con ellos, y pongas mi verdadera desnudez en esas aguas saladas para cocer mi piel. Ya no soporto más este dolor interno, prefiero el externo, pues qué más me queda, si soy espíritu, soy un alma real, soy puro amor con la única condición de necesitar comer y cagar para seguir existiendo. Lo único que me diferencia del resto de la humanidad es que mi corporeidad no puede expresar su existencia, sin embargo, mi condición es igual a la de todos los demás. Y todo se nubla para transportarme a un lugar oscuro y la muerte parece un faro útil. En este lugar, veo pasar mis sueños en yuxtaposición, mis

elogios se conforman con la ignominia, mis deseos con los rechazos, ¿cuál es cuál? Me encantaría poderlas controlar, pero sé que mi pensamiento es un espectador de cada acto de este teatro, más parecido a un circo.

Tras la cortina del primer acto, Manuel aparece con tres vasos y una pelotita, juega a mostrar y ocultar debajo de qué vaso está la pelotita. Nunca me dice: «elije un vaso», y yo sin saberlo estoy ganando, pues hay dinero y joyas a mi alrededor acrecentadas en cada demostración de la pelotita. No sé, pero creo que es Manuel, aunque no veo su rostro, ni veo su ropa y es más como un perro oscuro debajo de un palacio municipal lleno de soldados. No, no son soldados, pues los uniformes son diferentes. Son esos narcotraficantes, los nuevos amigos de Manuel que le gritan una esperanza: «quieres vivir, cabrón; mátala». Pobre de mi niño, pobrecito de mi amor. Estoy en el día, donde le pidieron mi tortura, donde cambió mi vida, donde otros decidieron por mí y mi sino se escribió en la frente de un cadáver sobre el pentágono y las velas para llamar a algún demonio del infierno con la intención de hacer un pacto sagrado. Soy una mera moneda de cambio.

¿Qué ganan con tanta violencia? Supongo más dinero, y quizá el dinero les dé, a estos hombres patéticos, una serie de beneficios que de otra manera es imposible conseguir: autos,

mujeres, terrenos… Yo les veo sus rostros tan claramente y no son seres diabólicos. No los veo tan necesitados, parecen unos simples oficinistas con una cartera llenada cada quince días, y sin muchas ganas o satisfacción por trabajar. Son trabajadores frágiles como yo y responden a los deseos de otros. Jamás podrán cambiar su actuar, están encarcelados en sus acciones, pero no se conflictúan, pues no piensan, ni son críticos de su entorno, son violentamente banales, y ahí veo la definición de un soldado cualquiera, pues ellos suprimen todo su pensamiento y eligen no ser humanos. No lo había pensado así. Los soldados y los narcos son iguales, como lo son los oficinistas, quienes no razonan. Quizá para despertarlos deberíamos de arrojarles ácido y destruir sus cuerpos; morirán para nacer la mente ¡Están vivos, hermanos! Juzguen, critiquen, dialoguen con los otros seres humanos en una eterna ágora.

Sofi, sofi. Tía está como ida, ¿es normal? La veo mal, ¿cómo va a ser normal?, ¡Si está babeando! Ana, dejaré de escucharte, de ver este bosque, el carro, la cabaña, a mi madre, mis manos. Yo observo perfectamente un mundo sin miedo. *Le di más pastillas. La voy a hacer vomitar*. Este susurro me tiene sin cuidado, no siento nada. Quisiera ver la infamia de tus dedos en mi boca, de mi patetismo. Es demasiado tarde y en

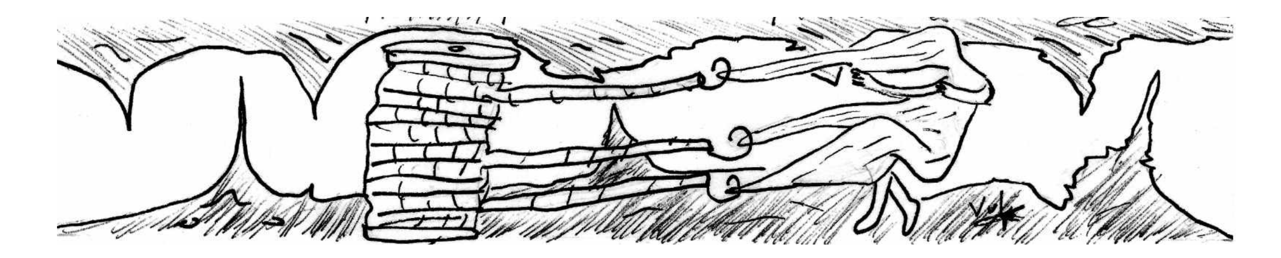
esta orilla puedo verlos esperándome sobre el agua: ellos alzan sus bracitos y sus manitas al caminar sobre aguas turbulentas. El mar es terrible, pero ellos quieren llevarme a conocer la sirte. No, ellos quieren llevarme a conocer la vid que resiste ante el nacimiento de la sirte. Me toman por los brazos y cantan: «Oye, el agraz, un gañido fingido, mas poderoso, de la naciente sirte, dadora de abortados barcos hechos madejas, debajo del iris con lengua metálica o pretérita y alejado de la mímesis del único movimiento posible de la rueda. La baya no contuerce su pericardio en el río inválido por andar cojo entre nuevos y destrozados ataúdes de arena con marinos clavos de sal. Conserva su progenie, el genuino sarmiento esperado por el labriego sucio y cobarde, ya interfecto por migajas de piltras y tapias. Sombra, atestigua cómo la raigambre apuntala el cascote yermo y auspicia potencias de lo sempiterno. Abre, aurora, el proscenio realista y captura un errado reflejo: otro ignorante que lee "vides", confunde "vida" y está muerto» ¿Me habré cantado esta canción?,¿soy la vid o la sirte?, ¿el hombre o la mujer?, ¿la loca o la perra?, ¿escucho el eco dentro de mi cabeza?, ¿será un espejo con mi reflejo indistinguible que me provoca un temor inusitado?, ¿quiénes son estos seres a mi lado? Yo sí sé quién son, pues siempre lo he sabido. Son los que me llevarán al paraíso. Así será mi cielo: un sinfín de vergas duras de soldados, narcos, oficinistas y trasvestis, y un sin fin

de seres disfrutándolas. Y yo me reservaré celosamente a mi soldadito y sólo a él y a su verga. Lo esperé millones de años, lo esperé arreglándome en mi cuarto, lo esperé besando esas revistas, lo esperé en los roces del metro, lo esperé penetrada en los bares, enamorándome tras otros ojos verdes. Esperanza para los que esperan, supongo. Cuando termine de esperar, él llegará con esa camisa azul cubriendo su piel morena, y me envolverá al fondo de su mar ¿Deseo algo más? Mejor no me despierten; aquí me ama y me respeta. Para eso son los sueños, supongo; para eso es el abismo y la muerte, supongo; para descansar de la mala racha, supongo; para llegar a la isla, matar a los pretendientes, reclamar el trono y coger con la reina, supongo.

¡Sofi, sofi, sofi! Era el agua de ese vaso en mi rostro y no el mesías sobre las aguas. El sol se tiñe de negro y se rebela. Preciosa prima, no malgastes mi tiempo con esta insípida, incolora e inodora realidad. Salva a otro con más potencial, pues yo voy en retroceso, el cisne en retroceso; cuando nací, canté en el más hermoso tono debajo de las mejores plumas, y hoy que muero, soy el mudo huevo del patito feo. Dejé de ser el «chamaco chicho de la película gacha», para ser la más bella de las babosas en un mar salado ¡Cómo odiaba ser vista por ojos indeseados! Pero, si él me mirara, podría volar tan alto.

En esta insegura oscuridad, el fruncido sicomoro de la esquina del terreno guarda hojas duras en sus bolsillos y un catalejo rudimentario para verme cantar cuando nadie más me oye. Es feo, y yo soy fea. No tiene fruto, pues el sol se niega a besar a este indeseado inquilino. Vive poderoso sin potenciales progenies. Él es un cuadripléjico en silla de raíces con un petirrojo constante en las ramas muertas de su pelo joven. Siempre me dan ganas de cantar a su lado para invocar una serpiente deseosa de envenenarme. Me sueña —estoy segura—, me está esperando. Repta lo más rápido que puede para poder cumplir con su promesa. *Prima, llegamos a la ciudad, vamos a pasar al baño*. Cuánta luz. Ya me despertó la pendeja.

Cihuacóatl



¡En la Naucalpan-Toluca! Llega hasta Valle de Bravo, tía ¡Sigue! ¡Qué pinche calor! ¡Puto, puto, puto, Andrés!, ¡cobarde! Es que yo le dije… ¡No vergas pinches putas mames! Pero esto me pasa por confiar. Me traicionó, pinche idiota. Quedamos, y a la mera hora… ¡Sí, sí! Porque tengo. A mí no se me caen los huevos, yo los tengo adentro: ovarios tengo. Nadie nos va a oír, nunca lo hacen. Tengo miedo del vecino, viejo chismoso y lesbiano, estoy segura que nos vio. Todos, todos, todos son unos putos, putos hasta las nalgas. A ver… no, no se vale. Ni lo defiendas, tía, ni lo intentes. Seguramente, se irá con su amiguita, el pendejo. Así es, cuando hay problemas. Nos dio la espalda y dónde nos la dio. En este infierno de Ecatepec. Puro perro vive en Ecatepec; macehuales. Viven de todo; son como unos marranos, oportunistas sin culpa, pobres imbéciles. En ese lugar, ni agua hay, te lo juro. Vas llegando y el tufo a mierda es imposible de evitar. Mi prima me dijo que el amor que sentía por el cadetito López era real, porque, para amar a alguien de esta zona, se necesitan huevos y mal gusto. «Pobres con estilo», ni que fuera Tepito. No, ahí no hay nada de eso. Estos son jodidos y son

muchos: la perrada de la perrada. Deberían cambiarse el nombre, ¿no crees? Ecatepec está condenado al fracaso. Los panfletos dicen: Ecatepec, «cerro del viento» en honor a Quetzalcóatl, encontrada por los dominicos, y famosa por fusilar al más grande héroe de la independencia: Morelos. Hace veinte años le apodaron «Ecate-punk», debería llamarse «la perrera», no, mejor «la marranera», «la porqueriza». Tía, no soy despectiva ¿Cómo va, mi general López? Le di un santo madrazo; si se murió, se murió. Ya sé que queríamos enterrarlo vivo. Pero lo agarré sola. Ni me ayudaste. Tomé mi vicio para darme valor. Te dije que así iba a ser un pedo. Estos soldados están entrenados; hasta en las mejillas tienen músculos, como los albañiles, correosos los cabrones. Pero santo pinche chiga madral que le di. Lo bueno es que no me conocía. Soldado López, atención a estas nalguitas. Serás perro asesino, pero perro es perro. La verdad, Sofi me dijo algunas cosas; me hizo creer que el coronel López, presente armas, era más hombre. Sigo tensa, me duelen las manos. Lo importante es que el pendejo del capitán primero López no despierte. Debe estar soñando con unos tipos en traje semi militar que lo salvan, que nos cuelgan de los pies y nos destruyen entre los matorrales, pero no, esta no es esa clase de historia, mi imbécil capitán segundo López. No te salvarán nunca. Sofi, calma, te pones roja, ¿no estás feliz? Mira, tía, tu hija está feliz. Si pudieras verla,

pero mejor conduce. Ya me las pagará ese pendejo de Andrés, ya me jodí a un cabrón; puedo con otro. Me siento como si tomara mil cafés. Es la adrenalina, tía. Y es que el miedo me sigue entre las venas, no creo poder descansar. Mejor dime, tía: «Ana, calma». Creo que lo necesito, tengo miedo. Mira mis manos, no paran de temblar, ¿habré matado a un hombre con mis manos? Pensé que sería diferente, como si yo naciera en otra persona, pero es más como morir con otro. Los asesinos seriales mueren cada vez que matan, estoy segura ¡Qué inhumanos, qué mierdas son! ¡Qué mierda soy! ¿Y si lo liberamos? No, lo sé, Sofi. Ya te veo y no tengo dudas, pero es bueno tenerlas. Nuestra tesis es idónea: «la impunidad tiene el capricho de ser castigada». Mi impunidad es igual y seré castigada en algún momento por seres desconocidos para mí, como el *karma*, que nunca descansa. Quiero orinar. Quizá tengo más miedo de ese posible castigo y no tanto del crimen en sí mismo. Y mucha vergüenza, tía. Necesito relajarme, tía. No puedo ayudarte a manejar. Dame una de las pastillitas de mi prima, dame la mitad o un pedacito, algo de esa maravillosa morfina. Hasta la quijada me duele; la aprieto y me tiembla mucho. Está muy cañón. Yo tengo mis pastillas, tía, pero esas no me servirán. Ya me tragué un chingo. Son para estar alerta y me daría un paro cardiaco con una más. Las vueltas de la vida. Tengo mis drogas y me quejo de las amistades del cabrón que

está en la cajuela. Me hace falsa. Narcos son ellos, no yo, me digo. Y pienso que ejercer mi libertad no afecta al ciclo eterno de la compra-venta, de la oferta-demanda. Imbécil, perra, eso soy. Ya no más, tía ¡Ahí está, mis pastillas tiradas en la carretera! Mundo nuevo, mujer nueva y coherente ¡Carajo! Esta pastillita que me das es legal. Sigo de hipócrita, ¿verdad? Me tomaré una como despedida de este vicio. Las demás… las tiraré después. El mundo es un patetismo constante, porque está bien idiota, se miente en emoción pura: *pathos*, *pathos*, *pathos*, cuac, cuac, cuac. Ya me callo, tía. Amo pensar en nosotras como un aquelarre, te lo dije: Sofi, tú y yo en mofa de la santa trinidad. No te espantes, porque hoy hicimos algo mucho más terrible. Las brujas se reinventan con los tiempos. Estos tiempos experimentan una apropiación… una expropiación de la brujería. Las brujas nos alimentamos de los hombres para ir apenas sobreviviendo; si queremos una comida de verdad, nuestro mejor alimento son las otras mujeres, por ellas hacemos todo y nos desvivimos, porque esa sí es hambre. Nada nos alimenta más que comer lo que queremos ser: jóvenes, bellas, inteligentes, soberbias y perfectas, pues si queremos poder, debemos tener las cualidades que debiliten a los hombres, el verdadero poder. Este precepto lo saben todas las brujas de manera individual desde la antigüedad. Y esto provoca la furia de la mujer contra la mujer. Pero entra en

conflicto con el concepto del aquelarre, porque es una hermandad que invita a todas las mujeres; entre nosotras no podemos ponernos a pelear y eso le produce realmente temor al hombre, al poder ¿Cómo estás tú? ¿Quieres agua? Te robo un traguito, se me reseca la boca al pasarme mis pastillas. Estoy toda distraída. Siempre es más fácil la droga para huir de nuestros problemas, pero es más fácil utilizar el método de los pensadores. Tía... No mames, sigo sangrando, se intentó defender, pinche idiota. No parece grave. No me mires así. Es real y tómalo en broma, si quieres. ¿Cómo huir de la realidad? El *logos* es más simple que el *pathos* y el *ethos*. No necesitamos drogas para huir de la realidad. No necesitamos pastillitas. Es posible imaginar lo inimaginable para calmar la mente, como en la religión. Ni hagas esa cara. Acércame el papel de baño. Ejemplo, la gran mentira: Abel era hombre. La verdad: Abel era mujer. Caín mató a su hermano, quiero decir, a su hermana, porque no podía soportar a una mujer como su igual. De esta manera, las mujeres nos condenamos a ser madres, esposas o hijas, pero jamás hermanas. Jamás. La mujer nueva es la igual al hombre. Ya me callo. Hay mucha culpa en mí, como si ese sol intenso sobre nosotras supiera todo y me desnudara la sombra. ¡Carajo! ¿Oíste? No está muerto, menos mal. Yo lo até bien. Todo lleno de cinta. No creo que salga de la cajuela ¿Me oíste, pinche perro pendejo? Al llegar le daremos un putazo para

dormirlo. Ésta es la venganza de Abel. Me cago si salta y hace alguna pendejada. Era para matarlo. Ya se calló. Perro infeliz. Lo importante es llegar a Valle lo más pronto posible. Hay que matar a este perro. En nuestra sociedad, los perros de la ciudad con rabia tienen un final muy común: se les duerme. Los soldados son los nuevos perros de la calle; se les tolera mientras no muerdan, pero en cuanto uno tiene rabia, pues... ¿Cómo vengarse de los narcos?, ¿qué horarios tienen?, ¿a quién responden?, ¿cómo encontrarlos? Es casi imposible. Pero estos soldaditos, los confabulados con ellos, son como relojitos, sabes dónde están por la posición del sol. Ellos pagarán por todos: serán los nuevos cristos sacrificados en cada pueblo, serán una parte del panorama nacional, es decir, serán parte de los más indispensable: iglesia, palacio de gobierno y cancha de futbol —lo que nunca falta en México— ¡Qué triste! Tan bien que nos caen con sus uniformes, en sus desfiles y al limpiar su culo con la bandera. Pero se quiso meter con nosotros, subteniente López ¿Qué cargo tiene el pendejo? Ay, tía, ni sabes. De seguro estabas súper contenta con tu yerno. Ya te veías nalgona presumida, ¿verdad? Total, él pagaba, ¿no? Eres como mi jefa. No lo puedo creer, pero, con este acto, te has redimido. ¿Cómo vergas me voy a calmar? Son mis mamadas que digo siempre, tía. Me miento para sentirme mejor. No ayuda, pero algo debe hacerse ¿Y cómo te dijo Sofi que esto quería? Tía, no pares, ya

me estoy meando. Al llegar limpio tu carro. La neta, te lo querías putear, la verdad. Creo que hubiera sido más fácil, ¿no? Mandábamos a alguien. Le pagábamos y ya, pero no, debíamos ser la justicia con nuestras manos. Claro que lo disfruto, y ni modo, si Dios me quiere castigar, aparte, yo no soy cliente de ese señor. Ni te persignes. Su justicia es de vatos por y para vatos. Las morras no tenemos voz con ese güey. Todos los hombres son putos, y Dios lo es. Si ya sabes, tía ¿No mi papá te dio una putiza y casi pierdes a Sofi? Eso me dijo mi mamá, que también le tocaron, nos tocó la putiza, porque yo estaba en su panza y casi termino defecada y abortada en la sala de la casa. Ya somos iguales y estamos en esto unidas; eres bruja; somos un aquelarre ¿O no, mi primita? Tú eres el espíritu santo, tu mamá es el padre y yo soy el verbo encarnado. Pensé que estaríamos en silencio tratando de ser serias y reflexivas sobre quitarle la vida a ese güey. Esto es tan inmoral, que las colectivas feministas parecen una orden de religiosas. Esto es una fiesta a todo galope. Y puede ser adictivo estar de justicieras. Ni me mires así, Sofi no era un ángel antes de esto, ni yo. Cuando teníamos como quince años, fuimos a comprar con Tito, el de la carnicería, y un chavo que me gustaba mucho me tocó el culo ¡No manches! Sofía está súper chaparra, pero le dio una madriza. Ya cuando acabó me dice: «no le pegué en la cara por si todavía te gusta». Con todo ese respeto ganado, me

lo cogí al día siguiente. Le tocaba y besaba sus heridas y moretones. Era el primo de Andrés, le llaman «el patas». Sí, ese, ahorita ya está todo madreado por lo que se mete, pero, en esos días, estaba guapo. Él fue novio de Raquel —nunca he visto una mujer tan linda, la verdad—. El otro día, lo vi en la casa de mi madrina y le pedía trabajo: barrer la calle, recoger cascajo... Ya ni se le entiende cuando habla. Sus ojos continúan intactos, todavía se pude ver, en ellos, la madera y el brillo del barniz que resalta las imperfecciones de los reflejos del ambiente; todo se vuelve patético fuera de ellos. La última vez que lo vi, no me reconoció, creo que ni a su mamá la reconoce. Luego la señora lo busca en las calles todo el tiempo. Tú te regresaste a Valle de Bravo y no has visto cuánto cambió ahí con mi abuelita. Ya está super diferente. Hay muchísimos puestos sobre la avenida 493. En la tarde, parece un tianguis: un montón de música, puestos de micheladas, hasta las putas salen desde las seis. Todo cambia como nosotras. Con estos hechos, cambiamos las salidas a embriagarnos y ver los shows de *drags* por el secuestro y las bombas. Ya no hay vuelta atrás para aquellos que han sentido la afrenta violenta y asesina, pues el deseo es poder ser y existir en paz con sus hermanos. Eso te impulsa a defenderte. Para lograr este propósito, uno debe reafirmarse hasta el extremo de lo inhumano, convertirse en la guía para la mirada del desconocido. Seremos una amalgama del feminismo, el

movimiento LGBT+ y el estado islámico en un raspado de rompope, la filosofía del lubricante sexual, la tortura del tamal, amantes activos, dolorosos y adictivos, el choque infinito entre clítoris diversos y penes en infames cachetadas, gritos de placer y odio. Deja de persignarte, tía. Ya no se trata de convivir, es más la creación de la República llena de patricios en lencería perfecta y cara, el senado hermoso, y a ti, Sofia, la máxima creación sobre esta tierra, el hombre y la mujer, la mujer y el hombre, verdadera alfa y el omega, como dictador perpetuo, Julia Cesárea ¡Ave! Ante tus victorias nos inclinamos: la felación de Cleopatra, la Galia sodomizada, los piratas penetrados. Te veo retorcerte entre la sangre de los traidores. El bruto de tu ex, «brutex» —suena a marca de condones—, sufrirá como nadie, porque eres más que él en todo, porque él fue sólo hombre y tú puedes ser más que todos los que llenan al mundo, eres la cúspide de evolución humana, de ti nacería la nueva estirpe de la humanidad, la madre de la nueva era. Falta que te ames, que nos des de ti misma un fruto bello y hermoso, un ADN tuyo y tuyo, alguien que sea doblemente tú, porque no necesitas a nadie más que a ti en este mundo para poblar la tierra, crece y multiplícate, pues tuya es la tierra. Danos el fruto de tu vientre. No me mires así, tía, sabes que es cierto, que en sus manos está nuestro futuro, es decir, en sus testículos. Yo te necesito como mi estandarte para luchar contra esas oscuras

fuerzas que te intentaron destruir. Eras una ciudadana más a merced del crimen organizado. Necesitamos una nueva religión, podría ser que un hijo tuyo marque la pauta de un nuevo mundo ¡Como un hombre gay que pueda tener hijos! Imagínate. Ya el hecho de tal suceso debería de ser un verdadero milagro y lo que significaría para aquellos que creen que todo eso es contra natura. Tendríamos las caras listas de esos retrógrados en los retretes. Yo le llamaría a tu hijo, el hijo de lo hermafrodita, le pondría Avenada, por sus implicaciones eróticas, polisémicas y bíblicas. Avenada, hija de Sofia, hija de Eva; Avenada, hija de Sofia, hija de Adán. Este sería un humano libre, pues qué lo definiría sino es el binomio, sería el hombre que es mujer, y la mujer que es hombre, y todo dependería de su intelecto, de su imaginación, del criterio, la experiencia y el conocimiento, para definir quién es, como lo hiciste tú, prima. Al final, se definirá a sí mismo como ser humano, el primero, el verdadero. Eres el hombre libre y te convertiste en mujer. El mundo hermafrodita está en tus manos. Si los narcos tuvieran pene y vulva serían diferentes, más humanas, sin duda: encueradas, pues serían el doble de calientes, saldrían vestidas y maquilladas de las catacumbas de los primeros cristianos, regalarían besos y les importaría menos el dinero, porque para satisfacerse están ellas mismos y no buscarían a las insípidas mujeres, ni tendrían la obligación de impresionarlas con autos

de lujo, ni ropas finas —como lo comentamos el otro día—; sólo usarían el dinero para ellos, se enfocarían en el «yo» —sin pensar en el estúpida «súper yo»—, y meditarían sobre su «doble yo», sobre lo integras que se sienten, sobre la falta de deseo por llenar esos vacíos, y darle fin a la frustración de no llegar a ser, hombres completas, hembras eternos, y cada noche frente al espejo, verían catorce cabezas de dragones con coronas infantiles de plástico barato. Los dragones significan los días de la semana, que son dobles, porque viven el doble y envejecen la mitad del tiempo. Siempre tan silenciosa, tía. Debes saber muchas cosas, cosas malas, como un millón de secretos malignos. Pero te pones roja. Lo sabía. Tenemos algo en común. Nosotras somos unas mojigatas, y estoy segura que eres más flexible que yo. Creo que mi prima lo sigue amando. Y creo que se siguen amando. Espero un suspiro de alguna deidad para hacer a estos dos reunirse después de muertos. Me encantaba cómo se quedaban viendo entre sí, como yo miraba a «el patas», como todavía lo miro. En la facultad, conocí a Andrés, todo un activista comprometido y la chingada, pero le faltaba sangre en las venas. Es pura pose, pinche mamón machista. Al chile. Al chile. No se merece estas nalguitas. Su primo no era cobarde, ni lo es ahora. Ese güey, sí tiene huevitos, super sabrosos al chocar en mi clítoris. Iba de frente a todo y hacía lo que quería. No tenía filtros, era directo. Transparente.

Un día nos vieron coger en el salón, pero como todos vieron que era él, nos dejaron terminar sin pedos. A Andrés ni se le para conmigo, me dice muchas mamadas para justificarse. Y no lo termino porque se parece un buen a Ricardo, le faltan sus ojos, pero hasta su porte es el mismo, cuando caía la tarde y la luz tenue le dan un aire de solemnidad en tránsito a la magnificencia ¡Ya! Decidido, si sobrevivo de esto, iré por Ricardo. Me vale, tía. Hoy sentí que era mi último día en la tierra, y prefiero pasar mis días con un ser real, y no con un engaño. Yo lo quiero a él. Ya basta de mentirme. Me va a pasar como a Sofi. Perdón por decirlo, prima. No veré al verdadero ser que se oculta tras las medallas y los honores de este mundo. El futuro no vale la pena sin hacer lo que uno quiere. Sí, lo sé, sé que es un drogadicto y el otro estudia la maestría, ¿y qué? ¿tiene más valor uno que otro? No importan las etiquetas, importan los enfoques. El entorno define el valor, tía. Los narcos destruyeron a mi prima con la venia de la Secretaría de la defensa nacional, ¿qué buscan?, ¿cuál es el valor para ellos?, ¿por qué los narcos no nos cuidan? Porque no compramos su mercancía. Somos la mera herramienta de estas macro empresas. Son la vorágine en medio de un sistema oculto a la vista de los ciudadanos que no busca más allá del beneficio económico. No tienen regulación, ni sindicatos, ni derechos, ni rendición de cuentas. Es el verdadero capitalismo en estado

puro. Deberíamos ser todos narcos, así no nos matarían ¡Falso! ¡Verdadero! Deberíamos estar todos dentro de una bandera de un narcotraficante, como si hubiera un reino con un solo rey; así habría paz para la ciudadanía ¡Falso! ¡Verdadero! Si siguiéramos por este camino y ellos legislan, ejecutan e imparten justicia, la ciudadanía podría exigirles poco a poco, y tendrían que ceder a darnos derechos, beneficios, seguro social, y todas las asistencias sociales de un país socialista-comunista ¡Falso! ¡Verdadero! Porque el gran capitalismo tiende a mejorar la vida de los seres menos favorecidos de una sociedad, cuando la riqueza es exacerbada. Debe ser grande la riqueza de un pueblo para que las migajas que caen de la mesa sean un festín para los ratones. Y tener un festín todos los días te hace clase media. Como sucede en los países ricos. De esta manera, Ecatepec sería un hoyo de ratones de clase media con el suficiente dinero para comprar agua todos los días. Bailaría el perro todos días, pues hay mucho dinero. Dinero, dinero, dinero, dinero, todo se hace por dinero. Hoy no. Hoy hemos hecho algo por nosotras. Y esta lógica se escapa con nosotras, las nuevas terroristas del dinero. Nos mueven otros motivos, nos mueven las ideas básicas de un ser que vive en una sociedad: *liberté*, *égalité*, *fraternité* ¡Falso! ¡Verdadero! Buscamos responder a la cachetada. El narco mama la verga al gringo por unas monedas y son las nuevas putas de Tijuana con

sífilis, SIDA y gonorrea. Sin embargo, hay quienes necesitan hacerlo para vivir, sobrevivir o subsistir. De esta manera, los usuarios de la lengua española —esto sucede porque, al igual que la tierra, el lenguaje es de quien lo trabaja— unieron sabiamente esos dos conceptos «chupar» o «mamar» y «verga»., ¿por qué usar esos términos? Bueno, uno fácilmente creería que el «mama vergas» nació ante el poderío del hombre sobre el hombre: por la estratificación y mantenimiento el *status* o la lucha por la preservación de éste. No obstante, la respuesta mora en la mujer, porque no figura en un principio como ser descrito por esta palabra: ella era la obvia «mama vergas» ¿qué sentido tiene usar un término peyorativo con aquello que ya lo es? No ofende llamar a las cosas por su nombre. Este ser-objeto tenía una verga metida en su garganta desde el momento de nacer, durante su vida y desarrollo. Dependía totalmente de los límites impuestos por la mirada del hombre. Esto es muy importante para entender por qué el poder no reside en obligar a otros a mamar vergas, sino en hacerle creer al individuo que es necesario para «ser». Por eso les regresaremos ese mismo desdén, esa misma violencia, ese mismo desprecio. Será la muerte lo único que les ofreceremos. Somos ciudadanos participativos en la problemática actual de este país. No esperamos sentadas con las palmas abiertas a una dádiva del gobierno. Nosotras no dependeremos el apoyo

institucional. Nos pasamos la burocracia por el arco del triunfo. Y salimos a las calles a hacer lo que la cobardía no quiere hacer. Narcos, amen a sus mujeres, así como yo amo a mi prima. Me entrego a mí misma por ella, para santificarla, habiéndola purificado en el lavamiento del agua por la palabra. Es el mismo espíritu de la Liga comunista veintitrés de septiembre sin las mismas consignas mamadoras del comunismo. El soldadito ya se debe de estar cagando. Ya estamos hartas de tanto dolor y miedo. Si no nos cuidan, nosotras tampoco los cuidaremos. Te apoyo, tía. Quiero cambiar al mundo, ser voluntaria, ser violenta, porque quiero pelear para definir un mejor presente ¿Quién sigue?, ¿cuál es el plan después de este día?, ¿cuántos? Me arrebataron mi sueño y lo busqué en las fachas azul y oro de un filósofo de clase mierda. Una sabe lo que quiere, pero se miente, el miedo nos hace reforzar ideas que no son nuestras. Las ideas de mi madre, las de mi padre, las de mis amigas, las de mis profesores ¿Cómo querer algo muerto? Buscar resplandores en las sombras. Amar a un ser perdido. Fuimos a la guerra y perdimos. Empecé a escribir mucho y con mucho odio. Ya no soportaba estar lejos de Andrés, pues era lo más cercano que podía estar de Ricardo ¡A la mierda Andrés! ¡A la mierda Ricardo! Ambos están muertos. Mi amor es uno de armas para exigir mi parte del mundo. La rebanada para mis hermanas, mis madres y mis hijas. Perras, somos todas perras

contra los perros mal paridos, abortos del infierno. Desearán que al nacer se les caiga la verga. No puedo tener tibiezas, ni flanquear mi espíritu de combate por un amor sin forma. Ya estoy muriendo y moriré con tu novio, prima. Mi humanidad no contiene más signos significativos... ¿No la oyes? Estás aullando, becerreando. Está feliz, tía. La proclamación de la justicia ¡Au! ¡Au! ¡Berrea, perra, berrea... eso! ¡Vamos, mamita, sigue, sigue, duro, dale, dale, no pierdas el camino! Teniente López, sargento López, teniente coronel López, mayor López ¡Atención! Solo una vez dejé vencerme por un hombre. Una vez fue suficiente para mí. Cuando era niña, dibujaba, en los tabiques de la azotea, cómo creía que eran los cuerpos desnudos de hermosos hombres y mujeres exuberantes que recordaba haber visto en los puestos de revistas. Sentía un placer al crear cada trazo, un calor en el pecho e insomnios constantes. No me daba cuenta de los ojos inocentes y culpables de una incipiente crítica a mi trabajo. Pertenecían a un sabio ermitaño, el vecino, alojado en un cuarto con techo de lámina, el cual llegaba a temperaturas tan calurosas que obligaban a su habitante a salir y buscar frescura en alguna sombra de aquella azotea contigua. Un día se acercó a mí, se apoyó en la barda que separaba los límites de las propiedades y me dijo: «¿No oyes el clamor hermafrodita? Las mujeres marchan incesantemente por un sueño. Son unas bastardas sorprendidas por la realidad de un

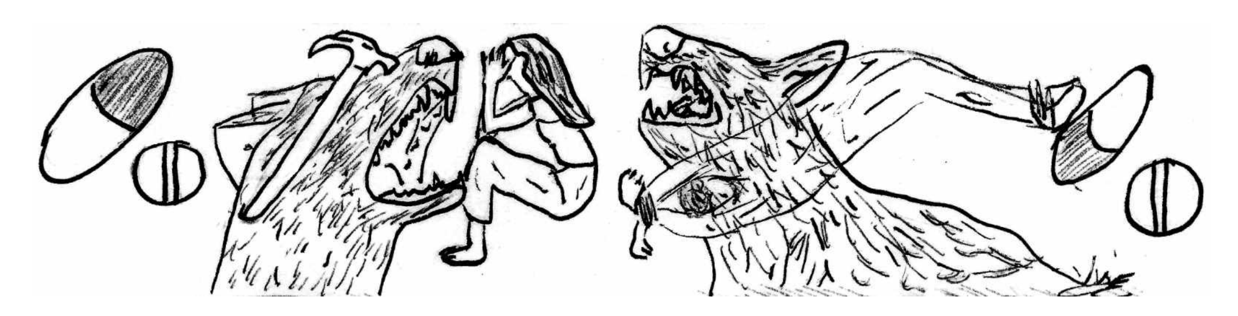
país al que se enfrentan por vez primera. Esta nueva generación sale a trabajar temprano y regresa tarde a su casa. No respetan las formas y los modales de sus padres. Deberían hacer cosas propias de su sexo: cocinar, limpiar, tener hijos y nada más, pues la vagina brinda un servicio al hombre y está supeditada a sus deseos, ¿acaso dios hizo a la mujer capaz de obligar en algo al hombre? La hizo débil física y mentalmente. Ahora, ellas quieren ser hombres., y tener algo que no les corresponde, como si un día les empezara a desarrollar un pene en lugar de su clítoris, se les cerrara su rajada y les crecieran un par de testículos, pero jamás pasará y comercian esa frustración entre nuevos derechos y obligaciones incomprensibles para ellas. Es lo mismo a ser un perro y ponerse un bigote falso, usar pantalones, llamarse Alfredo y estirar la mano frente a una carnicería a esperar un trozo de carne. Es ridículo. Yo trabajo dando clases en la vocacional 1 y no creerás la gran cantidad de mujeres en mi clase. Dudo sobre si comprenden algo de lo dicho por mi boca. No sé si sólo están ahí para distraer a los próximos ingenieros de este país, no sé si matricularlas significa quitarle la oportunidad a alguien con verdaderas posibilidades de aplicar ese conocimiento tan útil y necesario, pues los muchachos vienen de todos lados del país para realmente prepararse; para ellos el estudio no es un capricho. Yo te veo aquí y me preocupa tu curiosidad sobre la vida. No considero

sano cada pensamiento fugaz en tu cabeza. Debo advertirte: si continúas dibujando esas perversiones, sangrarás por la vagina cada mes, se te inflamará el estómago y cada año te saldrán bebés por la cola y será terriblemente doloroso. Te sugiero que ya no dibujes. Consejo de amigo». Pensé en la santidad de aquel hombre por estar realmente preocupado en el alma de una completa extraña. Deseaba acercarme, besar su mano y esperar que un poco de su divinidad no me deparara el terrible sino augurado por este perfecto oráculo. Amé y temí sus palabras. Tenía muchas dudas, decidí hacerme su amiga, pues su discurso no fue muy detallado; le agradecí su gesto, comenté la necesidad de verlo al siguiente día. El santo hizo una mueca y aceptó verme. Al día siguiente, viajé por las extensas escaleras metálicas, tuve dolorosas heridas creadas por los belfos oxidados asomados en las esquinas de cada vuelta, una lucha a muerte con el gato negro enloquecido por una alopecia dada por la sarna, el escape infinito de la obesa mirada de la espía del primer piso, antigua maestra de primaria, y el cuestionamiento de una esfinge imaginaria para permitirme ingresar al recinto, la cual me preguntó: «¿cómo se le dice al hombre que es esposo, hermano y padre al mismo tiempo?». Yo respondí: «Jesucristo». El vecino respondió: «Me llamo Isaac. Tú te llamas Ana, ¿cierto?». La conversación con mi vecino fue amable y llena de frases comunes. Yo esperaba al pitoniso para

sentir ese ahorcamiento agonizante del mañana o el aplastamiento del mi rostro por lo ineludible, pero no obtuve ese placer. Bajé las escaleras sin despedirme. A la mitad del recorrido, oí mi nombre y miré hacia la voz que me arrojaba un ladrillo rojo hacia mi cara. Yo quería dibujar cuerpos en los ladrillos y él dibujo en el mío con uno. Eso me hizo reír muchas veces en el hospital. Sin ese gesto, habría tenido una gran decepción sobre la naturaleza del sexo opuesto, pues tanta vanidad y belleza no debe permitirse el lujo de no contar con espinas. Amé a ese primer hombre en mi vida. Entendí a qué se refería la esfinge con su pregunta. Yo me equivoqué, la respuesta era Isaac: mi padre, mi esposo y mi hermano. Lo habría amado toda mi vida, pero me enteré sobre su huida inmediata después de hacerme daño. Creí en la transparencia de sus pensamientos, pero no sirven sin la transparencia de los actos. Me rompió el corazón. Juré vengarme del destino que construimos juntos y de esos planes maravillosos del hado. Tía, espero eso te dé respuesta a porqué pinto a toda clase de cuerpos en posiciones indecentes. Ya no le reces tanto a la virgen. No soy lesbiana, ni depravada, ni alguna de esas cosas que me dijiste la última vez que nos vimos. Es solo que no entiendo los motivos para no enfrentarse a nosotras de frente y con el pecho abierto. Siempre me sucede, los hombres me miran y mi belleza los incita a querer lastimarme. No lo

entiendo. La pura envidia. Tu novio me baboseó y mi sonrisa fue suficiente para bajarle la guardia. Un cobarde. El mexicano es cobarde, sonríe mucho, pocas veces habla enserio, nunca habla desde su corazón. Lo único que sabe hacer un mexicano es cómo matar a sus perros: forzar el ano y la boca al enchufar la extensión de luz, pues en ambas puntas corren las oscuras aguas de la muerte hacia su corazón. No necesitas sedarlo, si ya confía en ti o te tiene miedo. En este mundo, los perros lloran; ya han visto a sus hermanos en bolsas de plástico o colgados en los puentes ¿Quieres saber qué ladran? Dicen: «hermano, soy un soldado mexicano». Yo siempre responderé: «hermano, si no te mato, me volveré perro, y no quiero morir electrocutado». Presente huevos, ya se despertó, pero hemos pasado Toluca y ya estamos en el hermoso bosque gris del medio día. Te jodimos, cabrón; estás jodidísimo. No me siento bien, tía. Algo se me cruzó.

Tonantzin



Oculto a Venus tu disgusto por los trajes en el cuello al descender las escaleras, Señora de los dolores, ¿consideras suficiente el agradable gallo y el amargo refresco, la subterránea tradición indígena de un pacto, que practico por la certeza del monte y la permanencia de la colina? El primer convenio tiene defectos, y ahora solicito uno nuevo. Yo, que estaba viva, pues ni la fornicación, impureza, pasiones lascivas, malos deseos y avaricia eran mías, me arrodillo, me muestro ante ti sin pudor o arrepentimiento por el futuro al quitar mi alma de tu gracia por la paz verdadera y una espada.

Vive en el frío el eructo que me despoja del mal y hace de mi presencia tu humildad y piedad negada, cuando acepté en mi corazón a ese dios sin detener mi acción ante el pensamiento del temido veredicto por no dejarlos, bajo ninguna circunstancia, inmaculados. Quita esa mirada, Estrella de la mañana, si no ofreces el dolor de un hijo.

Tanteó las palabras «Óxido de aluminio» en la etiqueta de la piedra, probable asesina, pero no del gallo tronante. No entiendo la necesidad de matar, de detener el avance del otro. «¡Qué descanso vivir muriendo cada día por ir contra nuestro propio querer!». ¿Yo muero cada día? No, nos obligaron a morir. Mi hija y yo nos detuvimos sobre sus heridas por aquellas transgresiones; el castigo de la paz fue sobre ella; y desde su dolor nosotros fuimos enfermos. Eso me llevó a proponer estos días creados por la ráfaga de aire, cómplice del soñado guiño de un «sí». No sé si hubo un segundo: un «no», pues su putrefacta cara me aludía un actuar heterodoxo. Me decidí buscarlos y los encontré, Refugio de los pecadores, como a cualquier otro al ofrecer mi aceptado y fácil cuerpo. Ya están aquí, esperándome impacientes, después de peregrinar a esta tierra.

Vago del campo a la ciudad en mi naturaleza saqueadora de propósitos fijos. Es el ánimo al pisar México, ¿recuerdas? Se me dijo: «dar a luz es mejor aquí». Mi primer pecado: el primero de enero de 1994 no acepté la pérdida de mi fe y admití mi primer delito. Del desprecio de una madre a su hijo recibí mi regalo. Mi hijo, el hijo de mi hermana —el único milagro que he visto—. Ella me hizo llegar a ti como virgen y madre ¿Cómo lloraba cuando nació? Tú lo sabes todo. Me diste un hijo de la

desgracia y se volvió la forma tangible para la salvación de mi alma, pues qué prueba más grande hay para una madre que amar a sus hijos. Qué prueba más grande hay para el ser humano que amar a un semejante como a un hijo propio. Tú amaste a tu hijo. Yo amé a un hijo extraño.

Su carne se retuerce tibia. La carne es la prisión del espíritu. Mi hija la sufría y la gozaba. A ella la edifiqué y se edificó. Amaba la belleza, y yo siempre la tuve, aunque a mí eso no me importaba. Me convertí en su tesoro, podía decirme en sus ojos cuando me peinaba o me vestía: «Mi madre es mi Dios, un tronco que me salva en medio del mal. Mi madre es mi roca, mi baluarte y mi libertador». Me imitaba y la vanidad se formaba en ella como un cáncer. Tuve miedo y me decidí a actuar, pensé: «¿quién se atrevería a dañarte si eres hombre?» Me equivoqué. La violencia es para los hombres. No me di cuenta que se acostumbraron desde hace muchísimos años a herirse entre ellos y a su entorno. Mi niño hermoso nació por mi culpa en este mundo de tontas luchas por la supremacía. Creí que, al crecer, las mujeres lo protegerían, lo entenderían, serían capaces de regalarle un techo en momentos de lluvia, pero en su ignorancia solo le ofrecieron pactos y uniones no consensuadas.

Este pozo recoge murciélagos crujientes del más mínimo cantar. Mi valiente hija los ama. Es difícil pensar en mi hijo como mujer, pero debo, pues nunca muestra miedo a serlo. No siempre nos entendimos. Yo veía cómo su mirada obsesiva se centraba en los hombres de rasgos finos que pasaban frente a él. Apretaba fuertemente los puños y el color de su cara era de un rojo intenso. Quedaba mudo y parecía desmayarse. Yo trataba de distraerlo, pero sus ojos estaban tan abiertos… Era preferible regañarlo. En ocasiones, mordía su playera deseando llamar la atención de los más jóvenes. Al final del día, con tantas bellas imágenes, determinaba por encerrarse en su cuarto para masturbarse durante horas. Yo rezaba para que le dieras paz, pues tú le diste el doble de placer por alguna razón. Creí que su complemento debía ser la mujer, y no un hombre que lo lastimara. Escogió lo difícil, porque el hombre duele, y sólo el tiempo les permite tener ternura, pero en cuanto lo saben, olvidan. Ingratos, brutos e infelices; no quería eso para él.

Debo encender las velas, pues opacas son las pocas estrellas y se ilumina Jerusalén, con cada mudo crepúsculo, para llorarle todos mis actos. Castigas mi orgullo con el oprobio de mis faltas primitivas. Todo se arruinó después de llevarlo al catecismo. Llegó decidido y afeminado a un grado obsceno. Intenté regañarlo y lo golpeé hasta el martirio, pero mostraba

un orgullo… Se volvió inmune al llamado de una probable muerte. Sentí miedo y los muros de mis creencias cayeron con el sonido de su trompeta. Rosa mística, ¿cómo en tu sabiduría le podrías negar algo dado a él desde su nacimiento?, ¿cómo podía oponerme a tu voluntad y luchar contra tu designio? Le dije a mi hijo: «No temas, porque yo estoy contigo; no te angusties, porque yo soy tu madre. Te fortaleceré y te ayudaré». No podía dejarlo regresar a la escuela provinciana. Lanzarlo a los leones para defender su renovada fe era enfermizo. Viajamos de nuevo a México. Cayeron las ropas, marcas de una esclavitud milenaria. En medio del desierto, nos decidimos a adornarla con panderos y salió a danzas con los que se divierten. Fue la nueva sacerdotisa de su iglesia sin acólitos. Espejo de perfección, no entiendo el gusto divino por la belleza más superficial en los seres elegidos para tu tarea, ¿somos la vanidad inconsciente de la deidad en todas sus creaturas? Somos un ayate con tu pintura, un maná insuficiente.

Sólo Dios sabe hacer milagros con las partes íntimas; no le bastó tener una madre-virgen. También quiso un milagro en el hombre-mujer. Ver para creer. Y yo vi su magnificencia al caer los calzones de mi hija —la autoproclamada Sofia—. Yo nunca sangré y me horroricé al verlo sangrar. Era el milagro de la vida para ella sola ¿Cuáles eran tus designios en ese momento?, Sede

de sabiduría. La nueva sangre de su cuerpo bañaba su antigua erección. Todo estaba encaminado a una prueba fehaciente de lo sobrenatural.

Ya está listo para ti. Mi padre me enseñó. Cazábamos liebres con su rifle y me afilaba el cuchillo durante todo el día anterior. Me permitía hacerles una incisión en el dorso y tiraba de su piel. Contigo es difícil, la carne viva es complicada de manipular. El curtido de pieles es arduo, pero ni a mi padre, ni a mí nos molestaba; el resultado era suave y mimoso. No creo que mantuvieras la dignidad a mi hijo, de mi hermosa hija, pero yo te la mantengo. No siento torpeza al trabajar contigo, lo he hecho con vacas y bueyes; soy precisa. La vida en el campo te hace así, no hay muchas opciones, debes saber de todo y hacerlo bien. Estamos muy aislados en este lado de la montaña, por eso tu voz no es suficientemente fuerte.

Mi sustento queda en los límites de nuestro terreno: es un lugar de venta de materiales de construcción. Perdón si hablo mucho, pero creo que así me concentro mejor. Al cosechar, mi padre y yo cantábamos, nos daba un ritmo de trabajo. Contigo no canto, te mueves demasiado y eres escurridizo. No grites, ahuyentarás a los ratones y los tecolotes morirán de hambre. Esta es la noche, alegrémonos en ella. Humíllate, pues, bajo la poderosa mano de una madre, para que te exalte a su debido

tiempo. Observa a tu madre, la madre virgen, la madre de mi hija, mi propia madre, la Santa madre de Dios. Míralas, pues cada figura es una madre distinta y la misma madre. Ella te mira ataviada con las pieles de tus cófrades, los narcos torturadores. Ustedes destruían las vidas completas de las personas comunes: llenaban bolsas con sus cuerpos, exhibían a niños mutilados, metían cabezas dentro de vientres. Ahora penan por eso. Destrozaron el templo de mi hija. Ella está arriba y oye desde su silla de ruedas los chillidos de un sodomita. Sicario, muéstrate arrogante como si golpearas a una mujer desnuda e indefensa. Guíate por la voz proveniente de estas estatuas rodeadas de moscas y capas de tu tejido sonrosado, que pronto será amarillo y más tarde llorará en un tono turquesa. Tu pulpa será la viva imagen de mi hija. «Te mando que te esfuerces y seas valiente; no temas ni desmayes, porque tu Dios estará contigo en dondequiera que vayas». Espero lo recuerdes al desprenderte de tu fisonomía. Naciste de la carne para ser carne, y hoy dejas de ser carne para convertirte en espíritu. No morirás, te lo dije, porque estás naciendo y todo parto duele.

¿Estoy arrepentida de haber pervertido a mi sangre? Sé que no quieres verme sola en el sombrío sendero, Causa de nuestra alegría, pero Ana… No siento su fuerza en esta cruzada.

Es dispersa y le falta disciplina. Es mi culpa por pedir ayuda, «Pide, y se te dará; busca, y hallarás; llama, y se te abrirá». Su mente cree que el hedonismo es el único camino. La convencí de que no habría problemas: «él no te conoce», le dije; «Sé que es un soldado. Lo enterraremos, no dejaremos huella», mentí. Si seducir y secuestrar le producen placer, podrá ser mi perfecta acompañante. Los hombres la miran lascivamente, no pueden evitarlo. Se acercan a ella, la acechan. Hoy cobramos su primera víctima. Cómo no iba a pasar, si se parece tanto a Sofia.

La quebradiza hojarasca se templa con tu fétido hierro. Cae la estruendosa sal como una capa hermosa. Te acomodo tiernamente con los otros. Tu compañero de hoy, el presidente municipal, es muy sensible al tacto, pues el sabroso mineral no ha hecho su trabajo en él. Espero viva y viva muchos años. Cuídalos a todos, Salud de los enfermos. Las variadas nubes hacen un rebaño. Balan a una zarza muda e ignoran la corriente del río oculto ¿Hambre? Coman y beban, aquí hay demasiado. Hoy celebramos el desprendimiento de la piel del lobo. Vemos a la oveja: el soldado es un ciudadano, y pronto será un santo: San Sebastián, San Jorge, San Martín, San Longinos, San Francisco, San Ignacio. No te equivoques, no le daré un mártir al infierno. El amanecer te espera. Saldrás de esta cueva con la cara en alto, seguirás el caudal del río por unos doce kilómetros

hasta encontrar un campo de golf, deberás decidir si lo rodeas o continuas unos tres kilómetros hasta el pueblo. «Los que esperan en el Señor renovarán sus fuerzas; se remontarán con alas como las águilas, correrán y no se cansarán, caminarán y no se fatigarán». Cuídate de los perros. Si los ves, huye, son muy violentos.

Qué lindas velas, son miles y verdes, excepto tres: una amarilla para Ana; una naranja para Sofía, y para ti, una blanca. Afloran de espaldas —burlonas de nuestra sombra humana— hacia la tierra de esta cripta. La tuya corre innoble sobre tu frente, desea susurrarte un secreto y acariciar tu rostro. Antes de que se consuma, me dirás las causas de la perfidia a mi hija: ¿cómo un perro fiel muerde a su dueño? Ana tiene razón; tú eres diferente; solo tú nos aclararás las dudas. Amabas a mi hija, yo lo vi: desesperabas y cotejabas en frías noches como esta. No busques respuestas en ellos, pues solo a ti te he cuestionado. No te entiendo, soldado, a quién sirves. Hoy soy tu superior y demando me respondas: ¿quién dio la orden? Los soldados no actúan por sí solos. Larga es la cadena de mando y este lugar es suficientemente amplio…

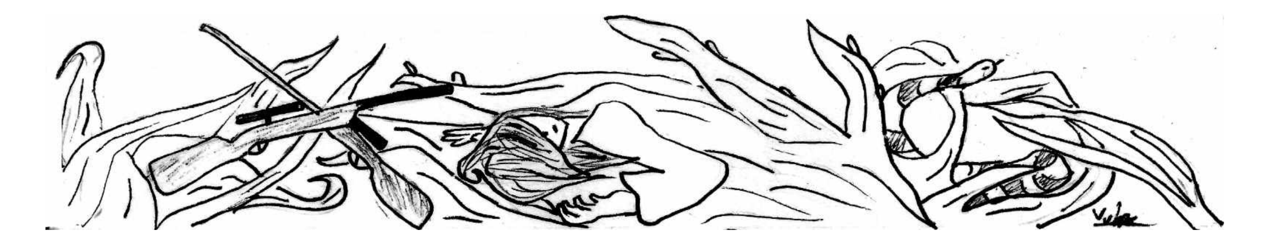
Todo tu mundo ha cambiado: el pan sabe distinto, tu reflejo es otro, el suelo y el aire cargados de querubines con duros látigos limpian cada sonámbula altivez. No llores, ni te

preocupes: tu motricidad, tu voz, tu soberanía mental serán fáciles de hallar. No habrá despliegues enfermizos de buscadores de tu rastro. Tus padres sabrán dónde encontrarte. Tu familia no sucumbirá por la tristeza de sospechar si estás vivo o muerto. Todos sabrán quién eres, en qué lugar estás y qué haces. Si es tu deseo, puedo envolverte con tu manto innato, puedes llevártelo, este bosque es frío. Dile al mundo lo que aquí viste, lo que se hace, lo que queremos. Nosotras seguiremos trabajando por y para la gente. Si quieres destruirnos, te esperaremos, pero debo pedirte que observes hacia allá: cuántas miradas perdidas fenecen en el vacío de esa pared; es el indicio de lo que otros han pensado y actuado antes que tú. «No nos ha dado Dios espíritu de cobardía, sino de poder, de amor y de dominio propio». Eres afortunado, sabes el resultado del porvenir. Por eso, la pared sonríe, porque se reduce la sentencia si conoces las leyes. En cualquier momento, amanecerá el albedrío. Depón ya esas frágiles armas, soldado, la verdadera guerra inicia. Podría ser que tu futuro sea para la mayor gloria de Dios. No olvides que el reclutamiento es fútil; la preparación, errónea; el brío y la disciplina, cobardía sin la sublime voluntad de tu consciencia. Ahí, donde has peleado, no hay victoria, pues tus generales, como sus mandatos, mueren, y nunca debes servir a un señor que pueda morir.

Renace Venus y hablo con ese dios, pues mis actos son su noche en un rezo entrecortado que entristece en mis nuevas labores: «Las arduas labores a mi patria, las irascibles alegrías del alfanje, entran rayando en las ondas de mi haya, que se recuesta para encender un tauteo constante de dolor provocado por estos hambrientos enemigos. Solemne siervo vestal, permite a mis miembros un favor: de mi saliva haz tósigos; mis manos, martirios; mi rostro, terrores. Venganza en el siniestro estío para el enajenado sueño de sus discordes actos. De lo contrario, dame en una marcha incesante sobre mis cadáveres la paz del silencio negado a producirse en sus diafragmas». Mira cómo el dios responde; se destrozan los árboles por fuerza de la tierra. Mira cómo se contiende el coclear indómito y furioso del bosque agreste sublevado en tremendas y malditas sacudidas. Qué dirían los descreídos sobre la falta de portentos. Cobarde, adelante, confía, ya no estás muerto, ya puedes salir para resistir el llamado del rayo y adentrarte en la tierra con las olas que rompen en vicisitudes, paroxismos, revueltas y revoluciones. No tiembles, no hay mejor momento para nacer miedoso. Suéltame, no te preocupes, hijo mío, ya llegará la noche y haré un nuevo pacto para que otro pueda vivir.

Espero el murmullo de Dios entre mis dedos al soplar el viento, el abrazo en caliente sol, besos frescos en la jarra dulce…

Xipe Tótec



¿Qué sería de mí sin la asistencia del gobierno? Lejos de su mirada, viví tres veces. Durante todo lo demás, fui una construcción sin espontaneidad; existí sin desinhibición; con miles de hilos como los de un títere muy bien articulado. Fui el autor, títere y titiritero de este teatro guiñol. El recuerdo como única alternativa. Esta ola vegetal me engullirá a su abismo, aunque sé nadar. Ningún recuerdo sufre el embate del huracán; placen vanidosos con el espejo a sus rodillas. Yo no soy ellos y la pestilente marejada próxima goza el futuro: me hará comer la carga de fétidos arenques acumulados entre sus pliegues salados. No puedo dudar de la fuerza de estas heladas extremidades en este mar sin mar, en el agua sin agua, en la sal sin sal.

Los fetos nos paramos delante de alguien, pero la falta de desarrollo cerebral nos deja imposibilitados de realmente conocer a quien nos enfrentamos. El líquido amniótico hace imposible distinguir figuras claras y formas específicas. El entorno afecta el vientre donde habité desnudo y frágil. Ese

entorno… esos lugares maravillosos son lo único que he podido distinguir.

La primera vez que viví fue lejos de estas tierras, de estas costas. Berlín despertaba fría y sucia en todos los aspectos —pues no es posible limpiar tan bien sin tener algo que ocultar—. Su jornada terminaba a las seis de la tarde, apagaba sus luces a las ocho de la noche y demandaba silencio. Bajo los días, las personas eran cartones inexpresivos llenos de libros, salchichas y cervezas. «Esta gente vive menos que yo», pensé. Los pecados de estas personas deben lavarse en algún sitio: el río Spree era la opción obvia; era el guardián de los santuarios de las reliquias robadas más valiosas del mundo. Ahí debía haber algo oscuro, y lo encontré. Seguí su cauce desde mi hotel y descubrí el verdadero corazón de la ciudad, conocí el verdadero verbo de un alemán. Pronto me di cuenta de mi realidad insulsa: ellos vivían en la oscuridad, yo no vivía a ninguna hora.

Me colé en uno de estos antros, ya que los extranjeros somos un estorbo y una carga para la seguridad. La conocí a ella y bajamos hasta las madrigueras. En medio de aquella habitación, he obtenido el logro más importante de mi vida. Lo recuerdo y estoy ahí. Mis labios parecen dibujar la circunferencia del esfínter del niño dios, los cuales no dejan de

sostener ese sagrado pene negro alejado de aquella mujer vestida de un perfecto verde. Me encanta ver cómo el color de mis ojos combina con la tela. Deseo saber qué clase de atracción ejerzo sobre ella para mantener esos treinta y dos centímetros por tanto tiempo erectos. Tengo admiración y miedo, porque si esto continua, su primera penetración será tremendamente dolorosa. Quizá con este conocimiento podré mitigar o acelerar algo que parece inminente. En este momento, tanto una eyaculación precoz o un miembro flácido será un milagro. Ante la duda, tomo una decisión: pongo lo más dura que pudo mi pequeña verga y la acercó a sus oscuras nalgas. Ella enfatiza su deseo de penetrarme, pero no le doy tiempo para una protesta más, pues me adelanto y ya estoy adentro. Esto ocasiona un final esperado; a los cinco minutos la hermosa noche y la luna flacucha han eyaculado. El niño dios se sintió tranquilo, confiado y orgulloso de haber cogido con una verdadera mujer, más mujer que las propias mujeres. El niño dios termina su declamación a la joven. Ella lo considera un loco, un demente con un lindo rostro y abdomen. El orgasmo ha quedado atrás y sólo queda la despedida. Ella se retira, pues es temprano. Él se siente un hombre de verdad, un hombre más hombre que cualquier otro hombre; se siente superior.

No recuerdo el nombre de esa mujer, de probable ascendencia marroquí, y si pudiera, no podría pronunciarlo. Fui a esa misión con un rango y regresé con otro. La SEDENA, el vientre que me resguarda, siempre me pedía alejarme del único lugar donde me sentía a salvo. Me mandaba a Michoacán para combatir y terminaba cerrando convenios con las fuerzas paramilitares. No era muy distinto a Berlín, pues hay un rosto perfecto e intenciones perniciosas debajo. Pero Michoacán es más perfecto; su verde es como el de aquel vestido, como el de mis ojos, como el que pisan mis pasos vagabundos. Tiene la promesa de un río en la punta de su lengua, es su frase preferida, que jamás se torna odiosa de tanto oírla. Quizá sin estrés pudiera decir que ahí viví, pero al verme, permitirme y participar en tal violencia no pienso más que en la necesidad de prender fuego a esos suelos. Reducir esa tierra a cenizas. He comprobado la factibilidad de esas acciones. La biblia habló de Sodoma y Gomorra como ciudades purificadas por el fuego. Yo soy más práctico y comprobé en Nagasaki que se puede destruir para erradicar los errores y volver a empezar. El pueblo japonés me mostró una joven ciudadanía, rica en paz y conmemoraciones. Todo es nuevo para ellos. Los niños nacen y nacen; los adolescentes son adolescentes; los adultos son la certidumbre del presente, ¿qué hombre crece en Michoacán? Solo los aguacates crecen. El verano en Nagasaki es tan verde

como en Michoacán. Comparten el mismo océano. Y sus aguas no se contraen sin la venia de quien las mira, como los propios habitantes de estos dos lugares, los cuales analizan y piensan antes de hablar. Nunca dirigen su palabra a un desconocido, pero dan una sonrisa a aquello que creen una amenaza. Aquella vez me convertí en escolta de la embajadora. El gusto me duró un día. El viaje de veinticuatro horas de regreso (dos en el aeropuerto y veinte en el ave de metal). Fueron cuarenta y ocho horas para dar la vuelta al mundo, para dar media vuelta al mundo. No, tampoco ahí viví.

El homosexual suele confundirse con el término «mama vergas». Soy homosexual y no la probaría ni una sola vez, ni lo volvería a hacer, porque hay que probar para amar y odiar, y mamar pene se lo dejo a otros y otras. Por eso los trans pasivos se volvieron el centro de mi atención. La segunda o tercera vez jamás fue con la misma intensidad que la primera. Adicto de esas vergas inútiles busqué por todo el mundo algo de satisfacción. Ámsterdam y sus vitrinas parecían un buen refugio, pero mi pobreza fue absoluta al término de tres días gozosos de mi llegada a esta inundada ciudad. Es increíble los ríos de dinero que se mueve en ese sitio del hombre en su búsqueda de placer. Lo inútil que me sentí al capturar en mi mente la suma impresionante de cuerpos de los que jamás

podría hacer uso. Deseaba regresar al calor del vientre, que los contribuyentes me alimentaran con sus pesos por el cordón umbilical. Aplaudía cada centavo recaudado por la SHCP. No me molesta mi moneda nacional, pues, al fin y al cabo, siempre hay casas de cambio.

Regresé a mi país a matar a indios revoltosos, a construirles casas en los confines de las tierras serranas de Chiapas, a quemar sus cultivos, a vender sus cultivos, a violar abuelas, a dar clases en sus escuelas. La verdad es que mi mente estaba obsoleta, mientras mis manos actuaban conforme algún designio del vientre. Todo era la fachada de la fachada de la fachada para justificar una existencia insulsa. Acciones decentes e increíblemente injustificables, ¿quién puede justificar su acción humana?, ¿quién puede justificar su existencia, su paso por esta tierra? Esos indios ya estaban muertos antes de que yo llegara, esas viejas ya estaban violadas antes de mí, sus tierras no existían, pues son las tierras de mi patria.

Me reconozco en este charco, ahí siguen mis ojos verdes. Sofía me reconoció por ellos. En Sofía viví nuevamente y creí que sería eterno. Era un portento de la naturaleza residente de la ciudad de México. En ellas, habitaba el todo: las casas, los hombres, las sonrisas, los bosques, las vecindades rapaces

donde comprábamos marihuana, compartíamos prostitutas y prostitutos. Ella invitaba al vicio y luego yo la acompañaba inmutado en su gozo. Compartíamos la destrucción: salíamos temprano a robar automóviles, romper vidrios y golpear indefensos. Fue en uno de esos momentos donde la reconocí. Ella era mi mejor amigo de la infancia. Siempre la amé y siempre había vivido. Me la pasé dormido durante algunos años bajo una pesadilla extraña e incontrolable. Mi dominio y su sumisión era el embonar de dos formas complementarias, lo cóncavo y lo convexo. Le susurré una ambición. Y aceptó tan fácil y fue tan fuerte que terminó mal. No oponer resistencia quizá me llevó del sueño a la pesadilla nuevamente.

Ya había quedado lejos el caminar en protestas por la inmovilidad del entorno y jalármela en la escupidera del Palacio de bellas artes. Todo esto quedaba atrás, de manera irrecuperable. Le sustituían preciosos espacios de placer, donde convidábamos al mundo a conocernos, a tocarnos. No esperé ser reconocido con consecuencias funestas para mi autoridad en mi trabajo. Nadie quería ver el mando amanerado de las fuerzas del orden envestidas en mí. La orden fue sencilla, debí decidir por la institución, por mi vientre, por mi espacio y mis intereses. El amor no lo es todo en este mundo, hay prioridades

personales y nacionales. Le di la espalda y preparé un viaje del que ella no regresaría.

En este día vivo por tercera vez. Me secuestraron en Ecatepec y me trajeron a este sitio. La vi caminar sobre la calle, me saludó y creí volver a verla. Era un fantasma y me di cuenta de que el muerto era yo. Quizá ya sabía de ese inminente castigo, pero me resistí, pues no quería morir, aún no. El golpe fue irremediable y desperté alrededor de cien cadáveres y miembros que reconocí. Me quitó la piel, pero no mis ojos y mi alma habita en ellos. Me siento libre de la carga de militar, ¿dónde pondrían las medallas? Libre del mando, de la nulidad de mi intelecto, de mi sustento, de la fortaleza, de la intransigencia. Soy otro y el mismo: un pie en el pasado, otro en el futuro. Camino hacia la penumbra, no seguí el sendero, ni el cauce del río. La montaña siempre fue mi hogar, pero no quise creerlo. Bajo estos millares de árboles, no logro distinguir el sur del norte. Hay una liebre que corre a mis espaldas y al querer verla noto que mis pisadas son indistinguibles. Estoy en casa o quizá siempre lo estuve.

He sido entrenado para sobrevivir en estas circunstancias. El trueno es tremendo, ya llueve, y mi refugio no es excelente. No estoy seguro, pero creo que tengo una erección. Tengo mucho dolor. Tomo dos piedras y me froto, la sangre corre por

todos lados, ya hay pus en algunas zonas. Eyaculo inconscientemente. Estoy completo, tengo todo lo que alguna vez he deseado.

Quilaztli

Tarareábamos canciones en la noche. Aquellas con las que bailábamos en los antros. Le tomaba la mano y reíamos. Yo ya sabía de sus encuentros, pero no se los hacía fácil. Retardaba mi huida. Alguna vez me quede dormida a su lado a propósito. Lo veía espiarnos por las cortinas, caminar lentamente y susurrar gruñidos.

Embriagarme era lo que importaba. Tomar ese vodka y aturdir todos mis sentidos. Beber días completos. Maldita abstinencia y malditas promesas. A falta de ello, los orgasmos nocturnos quitaban un poco la ansiedad, pero tampoco eran tan fáciles de obtener después de mis escabullidas a la cama de mi prima. Mi prima me recordaba lo sutil que es la belleza y la efímera naturaleza del amor.

Yo solo quería una droga dura cada quince minutos y salivaba por ese noqueo. Debía distraerme con algo. Las fogatas dejaban pequeños carbones. Tomaba el hacha e intentaba reducir su tamaño a la elegancia de un lápiz. El papel era

escaso; tomé las páginas de cortesía de todos los libros que pude encontrar en esa cabaña. Tuve seis hojas blancas, es decir, seis oportunidades para lograr capturarlos.

Los modelos son útiles hasta que la luz cambia. La luz no cambia en julio hasta el amanecer y él siempre deja abierta la ventana, por lo tanto, yo tenía todo a mi favor. Pude verlos tres veces. No recuerdo mucho, pero no se me olvida cómo su cuerpo no cicatrizaba y todo parecía dolerle. Mi prima sonreía y reía. Él no duraba mucho. En cambio, mi prima no paraba y lo retenía toda lo que podía. Lo hacia su perra, de eso no hay duda.

Mis bocetos eran dulces, los embellecía por la añoranza de estos dos seres. Trazaba un cuerpo sobre el otro sin diferenciar músculos de la falta de miembros. Ella tenía un acabado mejor que el de él. Durante el día, podía ver distintos tonos de luz sobre su derretida epidermis. Maldita enferma, maldito perro. Esto necesitaba un final distinto, el que se me dijo que habría.

Al dibujarlos, me irritaba demasiado. Recordaba sus estúpidos argumentos, las falaces constancias de su actuar, pero más me enojaba ella. Me resolvía por golpearle su cara, pero, a la primera oportunidad, solo sentía la necesidad de aprobar su fiasco y abrazarla. Ya quiero largarme de este sitio para hacer lo que vine a hacer. En cambio, tengo la tarea de

cuidar a mi prima, mientras llega mi tía con no sé qué cosa. Soy un estorbo para ambas. Una no quiere mi ayuda y la otra desea que me vaya para metérsela todo el día a su monstruo.

Deja solos a dos enamorados y ya sabes lo que sucederá. La maldita ya estaba panzona y él dejó de venir —repetimos los errores de nuestro padres—. Yo estaba estresada, y ella parecía feliz, la mujer más feliz del mundo. No es correcto y la presión que siento es demasiada. Las pastillas de mi prima son inútiles por su embarazo. Mi tía cree que nadie nota cuando se las toma. Hoy parece que nacerá ese engendro. Y aquí estoy frente a la mesa con ese delicioso frasco. No me gusta desperdiciar, no sería justo para la farmacéutica, y para su ridículo costo.

Los antiguos mexicanos tenían un dios llamado Xochipilli. Las estatuas encontradas de este dios lo muestran en constante trance. Es algo así como el dios de la danza y el canto. No estoy de acuerdo con los estados alterados de conciencia para lograr algo cercano al arte. Para mí es una batalla por la técnica, el objeto, y el contexto. Siempre obtengo victorias pírricas. Quiero una derrota total.

El alcatraz crece enorme en la tierra, ¿será la sangre? Eso significa que le faltaba hierro al suelo. Es como la lava al sangrar el volcán. Todo parece destrucción para el hombre, pero es la tierra más rica por ese fertilizante que dura siglos.

Desiste el impulso del suicida por la sonrisa de su madre. Yo mataría, pero veo sus sonrisas.

Imagino cómo se cogen a mi prima y a ella le fascina. Dama, puta, santa.

Cómo tejes el paraje de serpientes lagrimales, consuelo de los torcidos ancianos de agua, que disfrutan tus aflorados gestos matriarcales. Es la triste esencia impávida de tus entrañas inundadas cada noche por un lago oscuro y silente, un viejo sol descarnado, un guerrero ardiente. Reservas un bastardo río ensoñado en los pensamientos jacintos de tu regazo hondo y tibio, porque eres la madre de esa ardiente tumba, ¿puede tremolar un volcán en el desierto marino? Todo esto lo pensamos ante el alumbramiento de la sexta edad de la humanidad. Como sea, este mundo es una mierda y mi sobrina es hermoso.

Epílogo

¡Mutilados por viejas!

Grupo de mujeres secuestran narcos y militares para torturarlos en la montaña. Más de 15 cuerpos encontrados.

Unos excursionistas que visitaban el santuario de las mariposas monarca encontraron a una persona totalmente sin piel. Ellos afirmaron que el sujeto apenas podía sostenerse para caminar a gatas. Llamaron a la policía y fue trasladado al hospital regional.

Al parecer, la víctima relató a la policía que un grupo de mujeres lo secuestraron y lo llevaron a la montaña, donde, en una especie de sótano, estaban un grupo de hombres atados y torturados. Se les quitaba la piel y eran abandonados a su suerte.

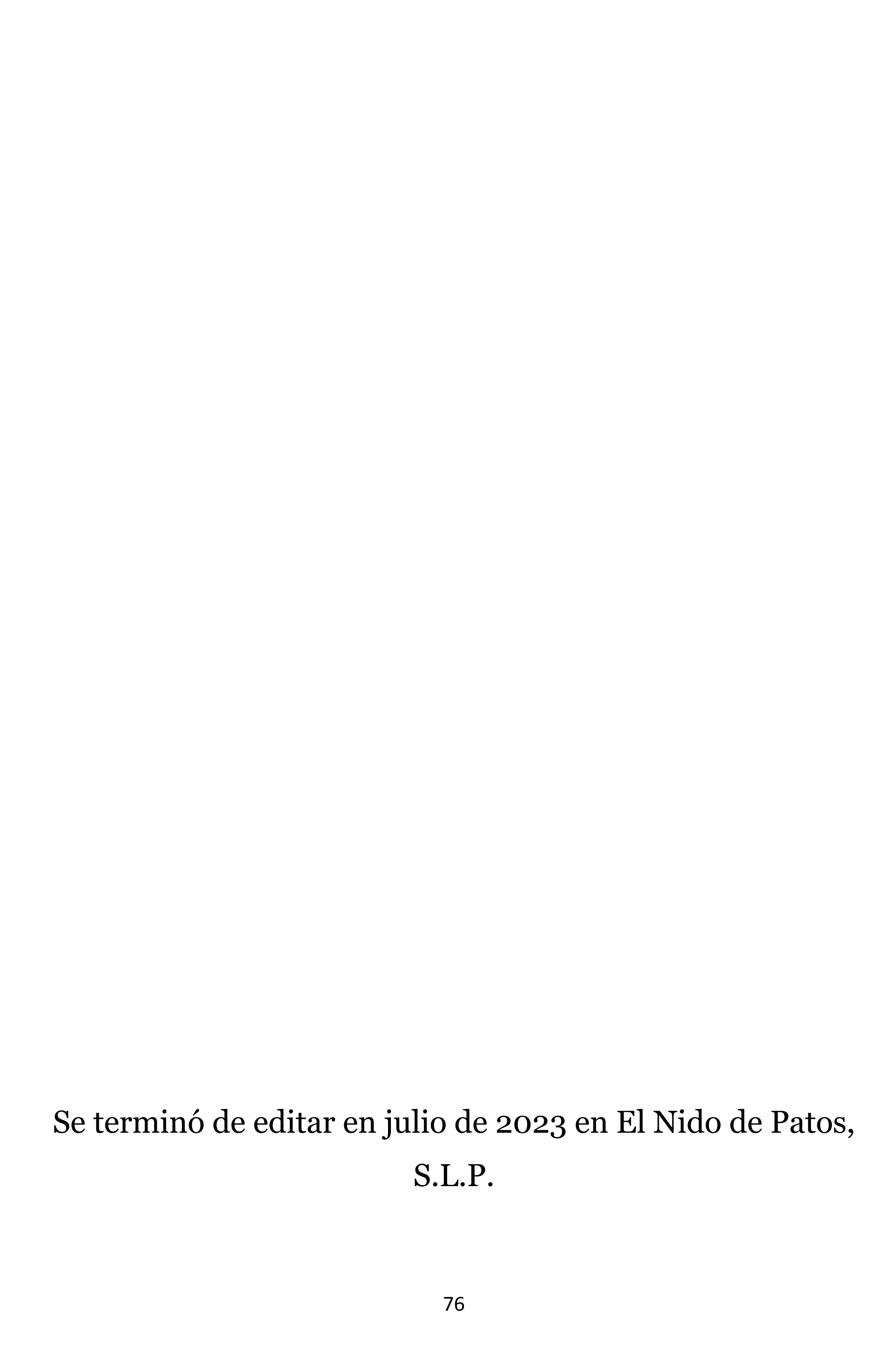
La policía y la guardia nacional siguieron las instrucciones de la víctima para llegar al lugar. Además, ayudó que hace unos

meses se habían encontrado otros cuerpos en las mismas circunstancias, pero sin vida por esa misma zona.

El lugar le pertenecía a una conocida catequista del pueblo y vendedora de material de construcción, pero, al llegar la policía a este lugar, no se encontró rastro de ella. En cambio, encontraron el sótano descrito por la víctima lleno de cuerpos mutilados, pieles, imágenes de santería y velas. Pero lo que más llamó la atención de las fuerzas del orden fue una incontable cantidad de ropa e identificaciones de militares, policías y narcotraficantes conocidos del estado de Michoacán.

Uno de los aspectos más terroríficos narrados por la policía fue una de los muros del sótano, el cual tenía cabezas incrustadas. Algunas llevaban un largo tiempo en descomposición, ya que era posible ver el hueso del cráneo.

Las investigaciones continúan para localizar a las —aún libres— autoras de estos crímenes. Se ha llegado a asegurar que residen en alguna zona del norte del país, específicamente en Sonora, ya que se hallaron cuerpos desollados con las mismas características.



Se terminó de editar en julio de 2023 en El Nido de Patos, S.L.P.